

APUNTACIONES HISTÓRICO-MÉDICAS AL ESCRITO AUTOBIOGRÁFICO DE LEONOR LÓPEZ DE CÓRDOBA (1362-1430)

MARCELINO V. AMASUNO
McGill University (Montreal)

à Pierre Laberge

Ha sido la ejemplar dedicación de Alan D. Deyermond la causa de que, durante las tres últimas décadas, el interés y la curiosidad del estudioso de la literatura medieval castellana se hayan orientado hacia la obra literaria de una autora que, hasta no llegar a 1971, era casi una desconocida. El aldabonazo de atención que sobre su escrito y personalidad histórica nos ha deparado el hispanista británico encontró muy pronto adecuado eco en un reducido puñado de estudiosos, que han dedicado sus esfuerzos al examen y elucidación de la brevísima producción autobiográfica de esta dama de los siglos xiv y xv, doña Leonor López de Córdoba. Uno de sus más asiduos visitantes, Reinaldo Ayerbe Chaux, tiene en su haber no sólo el mérito de habernos ofrecido la primera edición fiable de la *Relación* autobiográfica de doña Leonor, sino también el de haber establecido como una especie de arqueo y nómina provisional de los trabajos de aquellos estudiosos atraídos por los indudables que destila la obra de esta nuestra primera autora medieval. Intentar emular la labor de este hispanista me parece superfluo en extremo, aunque bien es verdad que no soslayo la oportunidad de mencionar una circunstancia por él mismo traída a plaza en otra ocasión y lugar, y digna de recordación: «Gracias, pues, a Alan Deyermond las *Memorias* se leen hoy en los cursos de literatura medieval y tienen cabida en simposios literarios como éste de Valencia»¹.

¹ «Leonor López de Córdoba y sus ficciones históricas», en *Historias y ficciones: Coloquio sobre la literatura del siglo XV*. Actas del Coloquio Internacional organizado por el Departament de Filologia Espanyola de la Universitat de València, celebrado en

Pasados tres años, habría que añadir que no solamente en el Coloquio Internacional de Valencia ha vuelto a ser objeto de examen; más aún, ha entrado de la mano de una incipiente hispanista y ungida por obra y gracia de su primer descubridor moderno, el profesor Deyermund, en el V Congreso de Medievalistas Hispánicos celebrado en Granada en los últimos días de septiembre del 93².

Si bien es verdad que los estudios dedicados a la obra de Leonor son en extremo reducidos tanto en número como en extensión, no por ello dejan de ser —en términos generales— de indiscutible valor y, pese a que pueda pensarse que tal vez ya está dicho todo sobre la obra y su autora, quedan aún puntos importantes por dilucidar. De no poca relevancia —todavía— son los que conciernen al propósito y circunstancias personales, es decir, históricas, que motivaron, en un momento muy preciso y aún no bien determinado por sus comentadores, que su autora se viera obligada a dictarla ante escribano público. Estos dos factores —el cuando y el porqué— no han perdido actualidad, a despecho de cierto segmento de la crítica actual, encandilado por la indudable atracción que la obra proyecta sobre el que a ella se acerca guarnecido de los modernos instrumentos de vivisección crítico-literaria. El resultado obvio que se ha derivado de tal actitud es que se los haya relegado a un segundo —y lejano— plano de consideración. Confieso que me parece indudable el valor específicamente *literario* que la *Relación* de la de Córdoba detenta, pero el tal —fuere el que fuere— ha de estar inquebrantablemente subordinado al que resulte de un proceso previo, con el que ha de sentirse indisolublemente unido: el generado por el mayor o menor grado de certeza, siempre relativa, fruto del pertinente dato documental.

Y paso a explicarme. Algunos de los actuales críticos leonorinos, siguiendo quizás lo afirmado por sus predecesores del siglo XIX y primeros años del actual, han dado por inamoviblemente sentado el

Valencia los días 29, 30 y 31 de octubre de 1990, València, Universitat de València-Servei de Publicacions, 1992, pp. 17-23, p. 17. Eximo al todavía paciente lector, en esta nota, de la relación de aquellos estudios aludidos por el profesor Ayerbe Chaux, ya que algunos de ellos irán irrumpiendo a lo largo de este mi trabajo a medida que se desarrolle, así como otros que han sido inventariados en el último trabajo del profesor Deyermund (*vid.* nota siguiente).

² En dicho Congreso y durante las sesiones celebradas el día 27 de dicho mes se presentaron una comunicación y una ponencia plenaria, cuyos autores y títulos son los siguientes: Piedad Calderón Rodríguez, «El género autobiográfico en las *Memorias* de Leonor López de Córdoba»; Alan D. Deyermund, «Las autoras medievales castellanas a la luz de las últimas investigaciones». Han visto muy recientemente la luz pública en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, edición de Juan Paredes, Granada, Universidad, 1995, I, pp. 436-70 y 31-52, respectivamente; el profesor británico trata de Leonor en pp. 41-44.

hecho de que Leonor López de Córdoba manda redactar su *Relación* autobiográfica *poco antes* o *después* de que ésta fuese expulsada de la corte castellana en un momento inserto en 1412. Sin más, pasaron a atacar su contenido dentro del marco literario ofrecido — con mayor o menor precisión — por el llamado género autobiográfico. Adentrados ya en este familiar territorio de la geografía literaria, unos pocos han seguido el no tan trillado sendero de lo femenino, ofreciendo al avisado lector actual — fuere cual fuere su sexo — algunas finas y valiosas percepciones de este texto. En este sentido y valga el ejemplo, media un abismo entre la que ofrecía en 1974 Randolph D. Pope y la que nos deparan, en 1987, Amy Katz Kaminsky y Elaine Dorough Johnson en el preámbulo a su traducción inglesa de la obra de Leonor. A su ingreso en el dominio cada vez más ampliamente poblado de la literatura femenil, no fue nada ajena la contribución tan personal del profesor Deyrmond en 1983³.

³ Randolph D. Pope, en la edición de su tesis doctoral, dedica parte del primer capítulo (*Los rebeldes*) a Leonor López de Córdoba (*La autobiografía española hasta Torres Villarroel*, Bern/Frankfurt, Herberg Lang/Peter Lang (Hispanistische Studien, 1.), 1974, pp. 14-24). Le sigue en el tiempo el artículo firmado por Arturo Roberto Firpo, «Un ejemplo de autobiografía medieval: las *Memorias* de Leonor López de Córdoba (1400)», *Zagadnienia Rodzajów Literackich*, XXIII.1 (1980), pp. 19-31. El trabajo de Amy K. Kaminsky y Elaine D. Johnson apareció por primera vez en el colectivo *The Female Autograph* en *New York Literary Forum*, 12-13 (1984), pp. 77-88, y posteriormente, con idéntico título: «To Restate Honor and Fortune: 'The Autobiography of Leonor López de Córdoba'», también en otro colectivo, *The Female Autograph. Theory and Practice of Autobiography from the Tenth to the Twentieth Century*, edited by Domna C. Stanton, Chicago and London, The University of Chicago Press, 1987, pp. 70-80. Ha aparecido también en Elizabeth Avilda Petroff (ed.), *Medieval Women's Visionary Literature*, New York, Oxford University Press, 1986, pp. 302-303 (comentario por E.A. Petroff?) y 329-34 (traducción de sus *Memorias* por Kathleen Lacey). El más extenso del profesor Deyrmond («Spain's First Women Writers», en *Women in Hispanic Literature. Icons and Fallen Idols*, edited by Beth Miller, Berkeley-Los Angeles, London, University of California Press, 1983, pp. 27-52) en el que se aborda, además de la obra de Leonor (pp. 28-37), las salidas de la mano de Teresa de Cartagena y Florencia Pinar, anticipa en la prensa el mencionado en la nota anterior, que es el resumen más actual de su relación con el texto de la dama andaluza, iniciado en la década de los 70 (*A Literary History of Spain: The Middle Ages*, New York-London, Ernest Benn Limited/Marnes & Noble, 1971, pp. 154-55) y continuado hasta la actualidad (v. «La voz personal en la prosa hispánica», *Actas del X congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, PPU, 1992, vol. I, pp. 161-70). Añádase a esto lo escrito por Francisco López Estrada en su artículo «Las mujeres escritoras en la Edad Media castellana», *La condición de la mujer en la Edad Media*, (Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez del 5 al 7 de noviembre de 1984), Madrid, Universidad Complutense, 1986, pp. 9-36, esp. pp. 22-23. López Estrada nos recuerda — muy pertinentemente — el insoslayable carácter de este escrito: «Se trata de una obra que para nosotros es un precioso documento histórico, contando con que se redacta desde un punto de vista personal, lejos de la objetividad» (p. 23).

Es digno de mención, sin embargo, el hecho de que en algunas de estas incursiones críticas se haya relegado al rincón del olvido incluso la *posibilidad* de que se tenga que retrotraer la fecha de su dictado a un momento *anterior* al de la entrada de Leonor en la corte del tercero de los Trastámaras castellanos. Pero seamos precisos. Tan categórica afirmación podría venir desmentida por este pasaje que extraigo del último de los trabajos de Ayerbe Chaux:

Supongamos que Leonor no dictó las famosas *Memorias* a raíz de su salida de la corte sino años antes al regresar a Córdoba agobiada por el dolor de la muerte de su hijo. Supongamos que no hay un transcurso del tiempo entre el último acontecimiento descrito y el acto de escribir. Entonces la prominencia del tema de la muerte es mucho más explicable. Las *Memorias*, mejor que un documento más o menos público de defensa de su honor humillado, es posible que sean una confesión y un examen privado de su vida que entregue Leonor al convento de San Pablo⁴.

Que el tema —uno más en la obra de Leonor— tenga, como nos asegura Ayerbe, una marcada prominencia, es aserto nada discutible. Lo que muy posiblemente sí lo sea es que tal tema configure y defina

⁴ «LLC y sus ficciones», p. 19. Que Ayerbe Chaux ancla la redacción de la obra en 1412 viene, además, acreditado en otro trabajo anterior: «En estas *Memorias* se encuentra claramente el propósito de defensa y vindicación del honor familiar humillado irreparablemente después del encumbramiento de doña Leonor a camarera mayor y privada de la reina Catalina de Lancaster y después de su salida de la corte. [...] Así, caída en desgracia y refugiada en anhelos escapistas de santidad, dicta doña Leonor estas *Memorias*...» [«Las memorias de doña Leonor López de Córdoba», *Journal of Hispanic Philology*, II.1 (1977), pp. 11-33, p. 26]. Repite lo dicho, aunque con una innovación en cuanto al *motivo* que guía a Leonor a dictar su pensamiento, en 1990: «Hasta el momento, hemos opinado que su salida de la corte y las acusaciones de 'pobre y liviana mujer' motivaron a Leonor a escribir sus *Memorias* hacia el final de su vida» («LLC y sus ficciones», p. 18). Por su parte Clara Estow afirma lo siguiente: «We hear no more about Leonor López and thus deduce that around 1412, possibly in Córdoba, she began her Memoirs» [«Leonor López de Córdoba: Portrait of a Medieval Courtier», *Fifteenth Century Studies*, 5 (1981), pp. 23-46, p. 38]. Ruth Lubenow Ghassemi parece inferir algo similar cuando afirma lo que sigue: «Es tan estrecho el paralelismo entre las actitudes del padre y de la hija, y entre el oportunismo traidor de los seguidores de Enrique II por un lado y de la familia de su tía por el otro, que hasta parece pertinente reconstruir a base de esta simetría la versión textual que López de Córdoba habría dado (o dio y se perdió) de la última parte de su vida» [«La 'crueldad de los vencidos'. Un estudio interpretativo de *Las Memorias de doña Leonor López de Córdoba*», *La Corónica*, 18:1 (1989), pp. 19-32, p. 29]. Carmen Marimón Llorca se define de esta manera: «...nosotros somos partidarios de situar la fecha de composición de las *Memorias* después del regreso de Leonor a Córdoba tras ser expulsada de la corte...» (*Prosistas castellanas medievales*, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante, 1990, p. 92). Últimamente, también lo hace Lia Vozzo Mendia [*Memorie*, Parma, Pratiche (Col. Biblioteca Medievale, 20), 1992]. Como intentaré mostrar en este trabajo, Leonor ni escribe su obra ni muere en torno a 1412.

el intrínseco carácter del escrito: una confesión (más o menos pública), es decir, el reconocimiento —ante Dios— de su culpabilidad por sus muchos pecados, entre los cuales descuellan de modo especial no sólo la muerte de su hijo y servidores durante la peste que les aflige en Aguilar, sino también —por arte de una mala pasada que Ayerbe achaca al subconsciente de nuestra dama— la de su propio padre⁵. Cualquiera que fuese —por ahora— la motivación que hubiere dado pie a la existencia de este documento, debe verse vinculada a un espacio y tiempo determinados, nunca exenta del elemento insoslayable que es su propia temporalidad. Lo expuesto anteriormente por Ayerbe parece insinuar —si no establecer— una supuesta *atemporalidad* o, en su defecto, una errada cronología que marra la que, a mi modo de ver, se erige como una de las verdaderas intenciones de Leonor: rescatar no solamente su honor y fortuna, sino asimismo la envidiable —y envidiada— posición social, en la intimidad de la realeza, detentada por su padre, el Maestre de Calatrava, antes de la desgraciada suerte por él corrida durante y después de la guerra civil⁶. Que Leonor reali-

⁵ «LLC y sus ficciones», pp. 19 y 22.

⁶ Motivo ya señalado por otros, verbigracia A.R. Firpo, «Un ejemplo», pp. 19 y 26. Sobre la personalidad, empresas y desventuras del Maestre, don Martín López de Córdoba, consúltese, puesto que su misma hija nos asegura que «...subió a tan grande estado, como se hallará en las corónicas de España», las siguientes: Pero López de Ayala, *Corónica del rey don Pedro*, edición y estudio de Constance L. Wilkins y Heanon M. Wilkins, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1985; *Crónica de Enrique II*, Madrid, (Biblioteca de Autores Españoles, 68, tomo II), 1877; Gutierre Díez de Games, *El Victorial. Crónica de Don Pero Niño, conde de Buelna*, edición y estudio de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1940. Váyase también a los siguientes estudios: Juan Catalina García, *Castilla y León durante los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1892; Luis Vicente Díaz Martín, *Itinerario de Pedro I de Castilla. Estudio y regesta*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1975, pp. 31-32 y 56-57; del mismo autor, *Los oficiales de la corte de Pedro I*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1975, p. 124; «La elección de Martín López de Córdoba como maestre de Calatrava», en *Homenaje a fray Justo Pérez de Urbel, OSB*, Abadía de Silos (Studia Silensia, III), 1976, vol. I, pp. 423-32; Ángel Luis Molina Molina, «Don Martín López de Córdoba, Maestre de las Ordenes de Alcántara y Calatrava y Adelantado Mayor del reino de Murcia», *Miscelánea Medieval Murciana*, IV (1978), pp. 89-105. La cita de la obra de Leonor procede de la edición realizada por Reinaldo Ayerbe Chaux en su artículo «Las memorias», p. 17. He realizado ligeros cambios y alterado puntuación y acentuación, puesto que, pese a superar con creces las anteriores, se ha limitado a transcribir «con meticulosa fidelidad la copia de la (Biblioteca) Colombina», reteniendo los errores de su anónimo copista de comienzos del siglo XVIII (p. 15). Todas las referencias que aparecen en este trabajo remiten a esta edición. Puede también consultarse —con gran prudencia— el texto completo de esta relación autobiográfica en José María Montoto, *Reflexiones sobre un documento antiguo*, Ateneo de Sevilla, nº 16 (15 de julio de 1875), pp. 209-214; Teodomiro Ramírez de Arellano, *Colección de documentos inéditos o raros y curiosos para la historia de Córdoba*, Córdoba, 1883, vol. I, pp. 150-64; Marqués de la Fuensanta del Valle, CODOIN, LXXXI (Madrid, 1883), pp. 33-44; Adolfo de Castro,

zó sus deseos en torno a 1396 y que en este ño se efectúa también la redacción de su obra —he aquí la tesis que pretendo establecer en este trabajo— es propuesta que únicamente la evidencia documental puede confirmar. Labor que reclama la implantación de unos presupuestos metodológicos muy específicos, de suerte que —tal vez muy a pesar de los pesares— nos veamos obligados de nuevo a considerar la *Relación* como otro documento histórico más. Este condicionamiento no requiere que nuestro periplo crítico rehuya la pertinente exégesis literaria, condición obligada que el dato histórico puede y debe sugerir e imponer. Sometida a los dictados de esta perspectiva —nada nueva, por cierto— la *Relación*, sin renunciar a ser «un documento corregible y completable sólo con hechos históricos», podrá asumir otros innegados valores literarios, confirmando tal vez la general impresión de que este escrito es todavía «una primera manifestación de un género literario», el autobiográfico. En resumidas cuentas, me adhiero, con una única reserva —fundamental— al postulado enunciado por el profesor Ayerbe Chaux de que «si se considera (el escrito de López de Córdoba) en cambio como una primera manifestación de un género literario, la historia interesa *tan sólo* para determinar el evento que motivó su escritura»⁷. Por lo contrario, pienso que, por añadidura, la historia nos puede conducir a la elucidación de la obra literaria, puesto que —se quiera o no— ésta no se produce ni puede contemplarse ni en, ni desde la atemporalidad: tanto la una como lo otro son, sencillamente, realidades contingentes y, por tanto, sometidas al vasallaje del *cronos*.

«Memorias de una dama del siglo xiv y xv (de 1363 á 1412), Doña Leonor López de Córdoba, comentadas ahora y proseguidas». *La España Moderna*, 163 (1902), pp. 120-46, en la que se embute un *Comentario* de carácter histórico que exige máxima cautela, que también ha de ejercerse en su continuación: 164 (1902), pp. 116-33. Una selección antológica en que figura nuestro texto es la ofrecida por Joaquín Guichot, *Don Pedro primero de Castilla. Ensayo de una vindicación crítico-histórica de su reinado*, Sevilla, Imprenta de Gironés y Orduño, 1878, pp. 265-69, y mucho más tarde por D. Ramón Menéndez Pidal en su *Crestomatía del español medieval*, Madrid, Universidad de Madrid-Facultad de Filosofía y Letras, Seminario Menéndez Pidal, 1966, vol. II, pp. 522-23; muy recientemente nos ofrece otro segmento el malogrado Dennis P. Seniff en su *Antología de la literatura hispánica medieval*, Madrid, Gredos, 1992, pp. 560-61.

⁷ «LLC y sus ficciones», p. 18 (el énfasis es mío, así como todos los que aparecen en este trabajo). Como ya se habrá advertido, denomino la obra narrativa de Leonor con el título de *Relación*, basado exclusivamente en las propias palabras de su autora: «Y por que quien lo oyere sepan la *relación* de todos mis [h]echos e milagros que la Virgen Santa María me mostró, y es mi intención que quede por memoria, mandelo escrevir así como vedes» («Las memorias», p. 16). En otra ocasión más, incide Leonor en la vía oral que ha de ofrecer la recepción de su relato, aspecto que considero de primera importancia aplicada a la motivación que —es mi opinión— la condiciona: «...y el dolor que a mi corazón llegó, bien lo podéis entender *quien esta historia oyere*, que yo venía corrida y amarga» (p. 23).

Por consiguiente, las páginas que siguen aspiran a alzarse como mi limitada contribución a este objetivo. La intención que las dirige es, simplemente, esclarecer, completando su primer sentido, el elemento histórico — implícito y explícito — del que se nutre y queda informado el escrito autobiográfico de una dama castellana, olvidada sí en los últimos años del siglo xiv, pero también notoriamente envidiada — y odiada — en los primeros del xv. Su proyección se ha de inscribir en el interior de un marco específico metodológico, acaso un tanto inusitado en la investigación histórico-literaria, como es el histórico-médico. Ni que decir tiene que no será el único utilizado; antes bien, en el curso de esta exploración se buscará el auxilio de otros procedimientos y recursos — más habituales en la labor historiográfica al uso — que tratarán de complementarlo.

* * *

Cuando en su intento de discernir el andamiaje estructural que ofreciera el adecuado soporte interno al edificio autobiográfico montado gracias a la insólita habilidad constructiva de Leonor López de Córdoba, no tardaron algunos críticos en hallarlo con rapidez y un relativo grado de acierto. Han sido concretamente las traductoras al inglés de la *Relación* quienes han propuesto tres importantes acontecimientos — la muerte del padre, el hermano y el hijo de la narradora — como la base sustentadora del relato. Tan primordial es la importancia asignada por las norteamericanas a este «triángulo de la muerte», que confieren a la elaboración de este tema, junto al del linaje y la piedad, la función de justificar *per se* el acto literario realizado por la dama castellana⁸.

Dejemos a un lado provisionalmente los dos últimos y centrémonos sobre el primero. Razón parcial tiene Ayerbe Chaux cuando afirma taxativamente que «la muerte está omnipresente en las *Memorias* y, como tema, adquiere una importancia especial y casi única», infundiéndole la misión de poder «explicar un poco mejor la totalidad del documento». Y justifica esta apreciación aduciendo que tal perspectiva era «mejor que el punto de vista de la restauración del honor

⁸ He aquí sus palabras: «...Doña Leonor's autobiography is structured around three key events — the deaths of her father, her brother, and her son — which are designed to elicit her readers' sympathy and their acknowledgment of the courage, loyalty, honor, and piety she claims for herself and her family. [...] Filling the space between these deaths is the elaboration of the two criteria on which the speaking subject builds her claim to honor and exoneration: her noble heritage and her piety.» (A.K. Kaminsky y E. D. Johnson, «To Restore Honor and Fortune», pp. 70 y 71). En realidad, mueren sus dos hermanos en la Atarazana de Sevilla. Ello no obstante, Leonor destaca la del mayor por una motivación efectista que se repite en otros pasajes del relato.

personal y familiar que propuse en 1977 y que para bien o para mal ha condicionado y casi fijado la lectura del documento»⁹. Pasemos de largo la muerte del primero y detengamos nuestra atención sobre la de los dos últimos, no sin antes señalar cómo su guadaña siega las vidas de tres miembros de tres generaciones distintas en el seno de la misma familia. Se produce la del primero, el primogénito del maestre, don Lope López, cuando se encuentra en prisión, por orden del primer Trastámara, en la Atarazana de Sevilla desde 1371 junto a Leonor, su hermano menor, sus cuñados y otros caballeros de la casa de su padre don Martín López de Córdoba. El encarcelamiento de todos ellos se ha producido tras la entrega de Carmona el 15 de mayo de 1371, y algunos días después —el 13 de junio— el maestre es decapitado en la sevillana Plaza de San Francisco. Mientras tanto, su familia y fieles allegados permanecen en la Atarazana de Sevilla hasta 1379, año de la muerte de Enrique II. La muerte en masa de su hermano Lope y los otros miembros de la familia y valedores de Leonor —esta vez es la peste su instrumento— se produce en este intervalo de tiempo, y es evocada trágicamente por la relatora en un pasaje de particular trascendencia para el estudio en que estamos embarcados. Pero antes de internarnos en su consideración, sería menester que nos detuviéramos en nuestro itinerario a fin de introducir cierta información de tipo general referente al fenómeno pestoso y su inserción en la historiografía castellana que aborda esta cuestión.

El hecho de que todavía carezcamos de un cuadro general de las epidemias que se producen durante el siglo xiv, ignorando así su carácter —local, regional o nacional— y peculiaridades, nos reduce a poseer una visión parcial y, por consiguiente, incompleta de ciertos fenómenos sociales y literarios¹⁰. Esta deficiencia es tanto más de la-

⁹ «LLC y sus ficciones», p. 18. Esta presencia constante de la muerte, en sus múltiples y variadas formas y apariencias, responde a un deliberado motivo y a una determinada intención que se hallan habilidosamente imbricados en la narración, a la que no es ajeno el ardiente deseo de despertar la conmiseración del lector u oyente.

¹⁰ Uno de ellos es, por ejemplo, el de la concepción de la enfermedad y el *status* social que va adquiriendo el sanador —pasara o no por las aulas universitarias— en el curso de los siglos xiv y xv. El médico bajomedieval es consciente de su propio valor en el concierto social, y así lo manifiestan algunos de los grandes autores de finales del s. xiii y principios del xiv, como por ejemplo Arnau de Vilanova: «plus enim communitati obsequitur sapiens medicus quam mediocres et minores in populo» (*Speculum medicinae* en *Opera Arnaldi de Villanova*, Venecia, 1505, cap. 77, fol. 26vA). Factor decisivo en la potenciación de este fenómeno histórico fueron los brotes pestíferos que a partir de la Peste Negra salpicaron al mundo cristiano occidental, reforzando la necesidad del concurso del médico para mitigar los males que aquejaban a la comunidad. De tal actitud se hace también eco, ya en la primera mitad del s. xv en Castilla, la *Dança general de la muerte* por boca del *físico*, llamado a capitular por la alegórica Muerte: «Con esta esperança pensé conquerir/ dineros e plata (debe ser fama), enfermos curando» [Cf. Margherita Morreale,

mentar si consideramos que la epidemia de 1348 abre para Europa occidental un prolongado período de peste que va a durar varios siglos, y que afecta a la sociedad europea en todos los planos de su existencia y evolución. Si bien es verdad que ya son conocidos a grandes rasgos ciertos esquemas, tanto geográficos como temporales, de la propagación del morbo por toda Europa, y especialmente por la mediterránea, no podemos hacer extensivo tal aserto en lo que concierne a la corona de Castilla. El estado actual de nuestro conocimiento del fenómeno pestoso en este reino durante la baja edad media es aún muy rudimentario y escueto, basado casi exclusivamente en las noticias aportadas por los loimógrafos andalusíes, levemente engrosadas por algún que otro dato salido de las escasísimas fuentes cristianas de que hasta el momento se dispone. De ahí que tampoco estemos en condiciones de poder determinar con razonable exactitud las distintas trayectorias y focos de expansión, incluso la de la más importante — la Peste Negra — en sus territorios: tal aspecto histórico es todavía, entre los estudiosos de este tema, motivo de controversia¹¹.

«Dança general de la muerte», *Revista de Literatura Medieval*, III (1991), pp. 9-50, e. xlvii 365-66, p. 39]. *Necessitas* y *utilitas* son las premisas que perfilan socialmente la visión contemporánea de la enfermedad así como el puesto que corresponde al profesional curador en la sociedad bajomedieval. Recientemente ha tratado *in extenso* este tema Luis García Ballester en su «Panorama de la medicina en una sociedad medieval mediterránea: la Valencia cristiana bajomedieval». *Dynamis*, 7-8 (1987-88), pp. 59-115, especialmente pp. 69-79, y en su ponencia «*Artifex factivus sanitatis*. Health and Medical Care in Medieval Latin Galenism» [International Symposium on *Epistemology and the Scholarly Medical Tradition*, Montreal (Canadá), McGill University, 13-16 de mayo, 1992].

¹¹ Antonio Ubieto Arteta, a partir de los datos ofrecidos por la literatura episcopológica, nos habla de un brote pestífero producido en Santiago de Compostela. Sugiere que la causa fundamental es una peregrinación a este centro religioso, que queda contagiado en los meses de marzo a julio de 1348. A continuación, el morbo se expande de Norte a Sur, hacia Portugal, hiriendo a Coimbra en septiembre y a Braga en diciembre. Otra vía de expansión se dirige hacia el Este, afectando a Lugo, Asturias y la ciudad de León, que acoge a la peste en octubre del mismo año. De ahí y durante el mismo mes, se difundió por el valle del Duero y aunándose con la procedente del reino de Aragón, flagela a esta región durante la primavera del año siguiente y llega poco después, entre los meses de junio y julio, a la ciudad de Toledo y su región. A principios de 1350 ya estaría instalada en tierras andaluzas [«Cronología del desarrollo de la Peste Negra en la Península Ibérica», *Cuadernos de Historia*, 5 (1975), pp. 47-66]. Enrique Portela Silva difiere en datación y foco de brote epidémico de lo afirmado por el primero (*La región del obispado de Tuy en los siglos XII a XV. Una sociedad en la expansión y en la crisis*, Santiago de Compostela, 1976, pp. 68-72 y 282-83). Sintetiza con precisión el *status quaestionis* Ángel Vaca Lorenzo en su artículo «La Peste Negra en Castilla. Aportaciones al estudio de algunas de sus consecuencias económicas y sociales». *Studia Historica*, II, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca (nº 2, Historia medieval), 1984, pp. 89-107, pp. 94-97, donde asimismo presenta ciertas objeciones — muy justificadas — a la tesis de Nicolás Cabrillana en su artículo «La crisis del siglo xiv en Castilla: La Peste Negra en el obispado de Palencia», *Hispania*, 108 (1968), pp. 245-58.

La presencia de la *pestilencia*, pues, quedará registrada en contadas y fugaces alusiones que aparecen muy frugalmente en algunas de las crónicas reales, las cuales recogen con brevedad el paso del morbo por algunos puntos de la geografía castellana, o bien en otros escritos de muy variado linaje y orientación. Por sus visos de anomalía documental, tales referencias no son, ni mucho menos, de menguado valor¹². A despecho de la limitación geográfica y cronológica que supone, contamos asimismo con un tipo de documento cronístico que se sale de lo normalmente esperado. Se trata del capítulo quinto de la primera parte de *Sevillana medicina*, tratado redactado por Juan de Aviñón, médico converso y radicado en la ciudad de Sevilla desde 1353 hasta por lo menos 1381. En ese capítulo, su autor hace un detallado recuento de todas las enfermedades epidémicas que padeció la capital andaluza con la magistral precisión propia del avezado médico. El contenido informativo que presenta dicho capítulo es el principal instrumento con que contamos hasta la fecha para poder pergeñar —tal vez de manera un tanto tosca— una buena parte del panorama cronoepidemiológico que abarca no sólo a Sevilla sino también, en algunas específicas instancias, a otras áreas geográficas de Castilla durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo xiv¹³. En efecto, algunas de las epidemias que contabiliza el maestro Juan de Aviñón

¹² Como muestra valgan dos ejemplos, el de las crónicas de Pero López de Ayala, y el que ofrece la continuación de la *Crónica de España* de Jiménez de Rada, atribuida al obispo de Burgos, don Gonzalo de la Hinojosa. Respecto a la obra de López de Ayala, el canciller habla de dos brotes epidémicos, uno que surge en el cerco de Lisboa por las tropas castellanas en 1384, y un segundo que devasta al ejército invasor del duque de Lancaster pocos meses después, en el cerco de Benavente (*Crónica de Juan I*, Madrid (Biblioteca de Autores Españoles, tomo 68), 1853, pp. 92, 115 y 116). Emilio Mitre Fernández contabiliza algunos de los ramalazos locales que se registran en varios puntos geográficos de la corona de Castilla durante el último decenio del siglo xiv [«Algunas cuestiones demográficas en la Castilla de fines del siglo xiv», *Anuario de Estudios Medievales*, 7 (1970-71), pp. 615-21, pp. 616-18].

¹³ Antonio Collantes de Terán Sánchez ha utilizado los datos de esta relación para confeccionar un apéndice que pretende recoger las «epidemias, pestes, carestías, sequías y otros fenómenos que afectaron a Sevilla en la baja edad media» (*Sevilla en la baja edad media. La ciudad y sus hombres*, Sevilla, Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, 1977, pp. 431-440). La obra de Juan de Aviñón, terminada posiblemente en 1382, fue publicada por Nicolás Monardes con el siguiente título: *Seuillana medicina. Que trata el modo conseruatiuo y curatiuo de los que abitan en la muy insigne ciudad de Seuilla*, Sevilla, Andrés de Burgos, 1545. Todas las citas y referencias que irán apareciendo a lo largo de este trabajo salen de esta edición. Además de la de Lasso de la Vega, realizada en 1885, hace pocos años Eric W. Naylor ha dado otra a la luz, en la forma habitual de microfichas propia de la institución universitaria que patrocina tal sistema, en su *The Text and Concordance of the «Sevillana medicina»*, Madison Wisconsin, Hispanic Seminary of Medieval Studies (Spanish Medical Texts Series, 8), 1987; en la actualidad Arco/Libros, S.L. anuncia un estudio y edición de esta obra a cargo de José Mondejar, de la Universidad de Granada.

tendrán una extensión que desborda los límites no sólo de aquella ciudad andaluza y de su región, sino asimismo los de toda Andalucía, afectando también a otros territorios de la corona castellana. Éste será el alcance de la que se difunde en 1374 y que llega a Sevilla procedente de la región onubense, siendo objeto de alusión en el documento autobiográfico dictado por doña Leonor López de Córdoba.

En este año, se produce una oleada de peste general en la mayor parte de los países de la Europa mediterránea, cuyos efectos se extienden hasta 1376. Debió presentar una fuerte incidencia, puesto que la noticia de su paso por las distintas regiones europeas viene denunciada por los más variados documentos, que ilustran algunos detalles concernientes a su extensión y morbilidad. Así, las llamadas *Ephemerides Urbevetae* la llamarán *tertia pestis*, mientras que el autor del *Dietari del capellà d'Anfós el Magnànim* de Valencia la denominará *la terça mortaldat*¹⁴. Respecto a la situación en que se encontraría el reino de Murcia, sería —muy probablemente— semejante a la que ofrecía Valencia, pese a que la documentación oficial no aporte ninguna noticia sobre el particular, dando la impresión de que, tal vez, hubiera sido considerada carente de la importancia que exige la constatación oficial. A tales efectos, Julio Valdeón Barúque piensa que el impacto sobre su población debió ser muy escaso, «pues en los registros de las sesiones del concejo de los años 1374 y 1375 no se hace la menor alusión a la peste»¹⁵.

La única crónica castellana que detecta su paso por Castilla, la del obispo de Burgos Gonzalo de la Hinojosa, al referirse a la entrada del futuro Juan I en Sevilla durante el mes de mayo, señala que «estonce andaua la tercera mortandad»¹⁶.

¹⁴ Para la ciudad italiana de Orvieto, vid. Élisabeth Carpentier, *Une ville devant la peste: Orvieto et la Peste Noire de 1348*, Paris, 1962, p. 213; para Valencia, vid. J. Sanchis Sivera, *Dietari del capellà d'Anfós el Magnànim*, Valencia, 1932, p. 79, en donde se ubica esta epidemia, «que dien dels infants», en 1375 (Hay una nueva edición de esta obra realizada por María Desamparados Cabanes Pecourt, Zaragoza, Anúbar Ediciones, 1991). Vid. también Agustín Rubio Vela, *Peste negra, crisis y comportamientos sociales en la España del siglo XIV. La ciudad de Valencia (1348-1401)*, Granada, Universidad de Granada, 1979, pp. 35-39.

¹⁵ «Una ciudad castellana en la segunda mitad del siglo xiv: el ejemplo de Murcia», *Cuadernos de Historia*, 3 (1969), pp. 211-54, p. 220. La despoblación que experimenta Murcia en estos años es debida —en su opinión— a otros motivos ajenos a la epidemia. Asimismo Juan Torres Fontes piensa que este silencio documental se corresponde con la ausencia de epidemias de peste durante algunos años, por lo menos para que alcanzasen notoriedad oficial [«Tres epidemias de peste en Murcia en el siglo xiv (1348-49, 1379-80, 1395-96)», *De historia médica murciana*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1981, vol. II, pp. 7-66, p. 20).

¹⁶ La referencia de la crónica castellana que se ha mencionado se encuentra en el capítulo CCLI: «De cómo reynó don Enrique [II], e de lo que acaesció en su tiempo»

La información del obispo burgalés — si es que es suya — viene corroborada por otra clase de fuentes, las médicas y las testimoniales. En cuanto a las primeras, es de nuevo Juan de Aviñón el que, por una parte, confirma la presencia del morbo en la ciudad andaluza, dando así por certera la narración del pontífice de Burgos; por otra, proporciona los datos médicos pertinentes que aclaran la procedencia, el carácter y duración del morbo entre la población de la ciudad andaluza:

En la era de mil y quatrocientos e doze años [*i.e.* 1374] començó gran mortandad en Niebla y en Gibraleón y en Trigeros [*sic*], y llegó aquí el março y peligraron aquí muchos de landres de los sobacos y de las ingles, y duró fasta el agosto¹⁷.

Desde el año anterior, en la comarca sevillana se había producido una serie de perturbaciones climáticas y sísmicas que pusieron a prueba la resistencia de la población. Diego Ortiz de Zúñiga se hace eco de la desazón ocasionada por estas inclemencias:

...Gozaua entretanto Seuilla tranquilo sossiego, aunque la aquexaua aspereça de temporales, excessiua agua, y terremotos [*sic*], que atormentaron mucho sus edificios, especialmente el de la Santa Iglesia [...] Toda esta tierra fatigauan notablemente las lluiuas inmoderadas, y repetidos los temblores, padecia el pueblo...¹⁸.

[Continuación de la *Crónica de España del arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada*, Madrid (CODON, CVI), 1893, pp. 3-141, p. 99], y a ella ha recurrido J. Valdeón Barúque [«La crisis del siglo xiv en Castilla: revisión del problema», *Revista de la Universidad de Madrid*, XX-79 (1972), pp. 161-84, p. 168, y *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1975, p. 84]. Nada parece tener que ver con esta pandemia la peste que castiga a Murcia y su región en 1372, afectándola gravemente, ya que el concejo de la ciudad se opuso con tesón al pago de las doce monedas foreras concedidas al rey en las Cortes de Toro de 1371 (v. Juan Torres Fontes, «Tres epidemias de peste», II, pp. 19-20). Por su parte José Velázquez y Sánchez no la contabiliza, llamando tercera a la que se produce en Sevilla en 1383 (*Anales epidémicos. Reseña histórica de las enfermedades contagiosas en Sevilla desde la reconquista cristiana hasta de presente*, Sevilla, José María Geofrín, 1866, p. 38).

¹⁷ *Sevillana medicina*, fol. 12v. Es precisamente este brote el móvil que impulsó a nuestro médico a escribir, en este mismo año, un opúsculo loimológico que queda inserto en los seis capítulos finales de su *Sevillana medicina*. Su edición y estudio forman la segunda parte de mi monografía *Literatura loimológica en la corona de Castilla durante la segunda mitad del siglo XIV*, de próxima aparición. El año citado por el converso pertenece a la era cesárea o española, que adiciona 38 años al cuento de la cristiana.

¹⁸ *Annales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal Ciudad de Sevilla, metrópoli de la Andaluza*, Madrid, 1677, pp. 236b-237a (Eras de 1411 y 12). Ninguna alusión a la epidemia se encuentra en este segmento de la obra del cronista sevillano. De ahí la importancia de los testimonios del médico converso avecindado en Sevilla y de Leonor López de Córdoba.

El silencio del cronista sevillano respecto a las repercusiones que pudieran haberse derivado de la epidemia, así como el hecho de que cuando se refiere a la oleada pestífera de 1383 la llame «la tercera mortandad», podrían llevarnos a pensar dos cosas; o no debió ser grave su incidencia, por lo menos sobre la población urbana, o más bien —y esto me parece lo más probable— Ortiz de Zúñiga no halló ninguna información sobre tal calamidad. Las mismas palabras de Juan de Aviñón —en cambio, testigo presencial de la epidemia— parecen conformarse a la primera hipótesis, puesto que simplemente afirma que «muchos peligraron aquí», omitiendo —argumento *ex silentio*— que también murieran. Que se trata de la peste bubónica no cabe la menor duda, a juzgar por el carácter de los infartos ganglionares que se producen en los llamados por la medicina medieval *emuntoria*¹⁹.

La escasez de noticias procedentes del resto de los territorios de la corona de Castilla viene excepcionalmente interrumpida por la pervivencia de una sola alusión que he logrado detectar. En las Cortes de Burgos de 1377, al denunciarse ante el rey los contratos usuarios que los judíos y algunos cristianos imponen a otros cristianos en años de privación y malas cosechas, Enrique II responde:

...A lo que nos dixeron que por la gran astilencia [*i.e. pestilencia*] e menguamiento de los frutos deste año pasado que muchos labradores e otros homes por el grant menester en que eran que rescibieron pan prestado de algunos cristianos e judíos [...] que nos pidieron que fuese la nuestra merced de mandar que los deudores que non fuesen tenudos de pagar mayores cuantías de pan de lo que rescibieron²⁰.

Este texto parece sugerir que todavía los efectos de la pandemia de 1374 llegaban hasta 1376, a no ser que se trate de un rasgo hiperbólico tan frecuente en las peticiones de los procuradores castellanos

¹⁹ *Annales*, p. 244b, donde asimismo se lee lo siguiente: «Cuentan primera mortandad, la del año mil treientos y cinquenta y vno, y segunda la de 1363. referidas...». En la medicina medieval se llama emuntorios a las zonas ganglionares por donde se pensaba que desembocaba el *veneno* que expulsaba el corazón fuera del cuerpo. El médico había de tener en cuenta tanto las características como la localización de los apostemas que afectaban el específico emuntorio. Eran de particular gravedad los situados en las axilas —especialmente en la izquierda— en la ingle derecha, detrás de las orejas y en la garganta. Estos órganos eran considerados como aliviaderos (lat. *emuntoria*) de las superfluidades procedentes de los tres miembros principales del cuerpo humano: corazón, hígado y cerebro. La fuerza expulsiva de que era capaz el organismo humano era una manifestación más de lo que se llamaba la «virtud vital» (lat. *virtus vitalis*), que residía en el corazón.

²⁰ *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1863, vol. II, p. 279, n. 5.

ante sus monarcas. Desconozco cuáles pudieron ser sus más inmediatas consecuencias en otros ámbitos de la corona de Castilla²¹.

* * *

A esta específica epidemia nos refiere el testimonio de Leonor López de Córdoba. Como Juan de Aviñón, Leonor, testigo presencial de esta calamidad, aporta interesantes datos sobre su impacto entre los suyos. Como se ha aludido anteriormente, la que había de ser futura dama de la corte y consejera privada de la reina, Catalina de Lancaster, resume en su *Relación* el paso de la epidemia durante su prisión en la Atarazana de la capital andaluza, así como los nefastos efectos que se produjeron entre los miembros de su familia y allegados. Su situación y circunstancias son muy distintas de las que registra el maestre Juan de Aviñón:

...En esto vino una pestilencia e murieron todos mis dos hermanos e mis cuñados e treze cavalleros de la casa de mi padre. E Sancho Míñez de Villendra, su camarero mayor, decía a mí y a mis hermanos: «Hijos de mi señor, rogad a Dios que os viva yo, que si yo os [vivo], nunca moriréis pobres». E plugo a Dios que murió el terzero día sin hablar. E a todos los sacaban a desherrar al desherreradero, como moros, después de muertos [...] Y no quedaron en la Atarazana de la casa de mi señor el Maestre, sino mi marido y yo²².

²¹ No registra Joaquín de Villalba este acceso en Castilla (*Epidemiología española*. Edición facsímil [Madrid, 1802] con un estudio preliminar de Antonio Carreras Panchón, Málaga, 1984).

²² «Las memorias», p. 19. Fecha con exactitud este brote pestífero Carmen Juan Lopera en su «Doña Leonor de Córdoba (1362-1430). Relato autobiográfico de una mujer cordobesa escrito hacia 1400», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 117 (1989), pp. 255-68, p. 260. Pese a que los esponsales de Leonor con Ruy Fernández de Hinestrosa fuesen concertados por el Maestre de Calatrava antes de ser decapitado el 13 de junio de 1371, mucho después, el 7 de noviembre de 1386, Ruy Fernández declara «que puede aver diez o doce años poco más o menos tiempo que fizimos nuestras bodas en faz de la iglesia de Carmona». De ser correcta esta declaración, la boda habría tenido lugar en torno a 1375, es decir, cuando todavía ambos estaban reclusos en la Atarazana sevillana y los efectos de la epidemia habían desaparecido (*Índice de la colección de D. Luis de Salazar y Castro por Antonio de Vargas-Zúñiga y Montero de Espinosa y Baltasar Cuartero y Huerta*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1949-1979, t. XXXIII, signatura actual: 9/831, doc. n.º 53.118). Es evidente que si la ceremonia se efectuó en la mencionada ciudad andaluza, los desposados habrían gozado de un permiso especial que habría supuesto el abandono temporal de su reclusión en la prisión real sevillana. Si así hubiera sido, Leonor tiene muy buen cuidado en no mencionarlo en su *Relación*. Respecto a la situación histórica que señala la cita aquí empleada, debo denunciar un error por mí cometido cuando mi ligereza la asignó a la epidemia que tiene lugar en 1400-1401, y no — como es debida — a la de 1374 (*Alfonso Chirino, un médico de monarcas castellanos*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Estudios de Historia, 1993, p. 57).

De la sucinta información técnica ofrecida por el médico sevillano y la más personal de la dama castellana parece forzoso colegir dos posibles conclusiones de carácter médico. La primera es que la rapidez con que se produce la muerte del fiel caballero del maestre de Calatrava parece insinuar que es víctima de la peste pulmonar, variante más peligrosa y mortífera que la bubónica. Los loimógrafos andalusíes ya habían hecho referencia —con una sorprendente precisión, casi moderna— de la peste pulmonar, que ha de estar presente durante los dos siglos siguientes tanto en Europa como en el Medio Oriente, presentándose con gran frecuencia como una aguda complicación de la bubónica. Como consecuencia de su vinculación con los procesos neumónicos, aparecía generalmente durante los meses invernales. Los síntomas más conspicuos de esta clase de peste son los esputos sanguíneos y la muerte rápida, efecto de la naturaleza contagiosa de esta afección; presenta, además, un índice de mortalidad más elevado que el que se registra durante un acceso *normal* de la bubónica²³.

Esto explica, en gran medida, el efecto extremadamente devastador, confirmado —en esta zona del texto autobiográfico de Leonor López— por el hecho de que el camarero mayor del maestre muere —*sin hablar*— al tercer día, como consecuencia de la gran postración y víctima de un fulminante colapso. Por su parte, la literatura loimológica andalusí, rica en detalles sobre los diversos síntomas del morbo, parece confirmar tal impresión. Apoyo iluminador de esta conjetura pudiera ser el que presenta la obra —sin duda alguna la mejor de todo el *corpus* loimológico del siglo xiv— de Ibn Jatīb, heterodoxo

²³ Wu Lien-Teh, *A Treatise on Pneumonic Plague*, Geneva, 1926, pp. 3-4. Renuncio a cualquier intento de ofrecer una bibliografía de carácter médico sobre esta enfermedad; sirva, pues, la de la mayor autoridad en la materia. Si tuviéramos que armonizar los testimonios, aparentemente tan distantes entre sí, de Juan de Aviñón y Leonor López, nos veríamos obligados a considerar los datos de ésta como los correspondientes a la variedad de la peste pulmonar, caracterizada ya por fulminar a sus víctimas en pocos días. A ello contribuirían, sin duda, las pésimas condiciones en que se encontraban los reclusos de la Atarazana, detalladamente descritas por Leonor («Las memorias», pp. 18-19). Las condiciones atmosféricas reinantes en Sevilla en aquellos momentos se conjugaban para aumentar su incidencia y peligrosidad. He aquí lo que tiene que decir, a este respecto, el mismo médico sevillano: «Y porque parece que esta mortandad de agora, en el año de mil y quatrocientos y doze, es de parte de qualidad, ca el tiempo es destemplado, en quanto cayó en verano húmido después del invierno frío y seco. Y este tiempo tal, dize Ypocras y Avicena y Rasis e Ysac, que este temporal significa dolencias en el estío de fiebres agudas y de desunte[ria] (*i.e.* *disenteria*) por razón de los decendimientos de la flema, que se allegó en el invierno en los bafos de dentro en las concavidades, en el tiempo que los movió la calor, señaladamente a las complisiones húmidas y en las mujeres» (*Sevillana medicina*, fol. 133r). Los síntomas descritos por el mismo y referidos a la población urbana son muy distintos, y responden perfectamente a la semiología usual de la bubónica que registran los tratados loimológicos del siglo xiv.

defensor de la teoría del contagio, que choca frontalmente con la postura legal adoptada por los juristas musulmanes (fatāwā), afirmando con decisión tal teoría. Advierte sin reservas que las erupciones pestíferas coinciden con la llegada de apestados provenientes de otras tierras, previamente heridas por el morbo, e ilustra con dos ejemplos lo fundado de sus afirmaciones. Uno de ellos era el que ofrecía el caso de aquellos prisioneros moros que, estando encerrados en Sevilla y aislados, se salvaron de la epidemia que, en cambio, asoló dicha ciudad cristiana en 1348. Establecía de esta forma el principio de que el contagio directo interhumano, que no se producía si se daban las condiciones idóneas de aislamiento, era peligrosísimo, sobremanera en la variante pulmonar. Que estas condiciones no se cumplieran, años más tarde, en el caso de los cristianos internados en la Atarazana sevillana, viene corroborado por las palabras de Leonor²⁴.

De lo anteriormente expuesto procede deducir una conclusión: debió ser durante el año de 1374 o poco después cuando se produce el luctuoso suceso del que solamente sobreviven dos individuos, Leonor y su marido, únicos representantes de dos linajudas familias víctimas de la guerra civil y de sus secuelas. Espero que, a base de la documentación hasta ahora aportada sobre este específico incidente narrado por Leonor, se logre conseguir un fin de una cierta importancia: rellenar los aparentes vacíos cronológicos que pudieran achacarse a este relato. Esta trágica incidencia, pues, se inscribe casi *simétricamente* entre

²⁴ La obra de Ibn Jatib, escrita en el año 1348, cuando la epidemia se acercaba a su fin en la ciudad de Granada, acaba por afirmar que, en caso de que la observación, la experiencia y la inteligencia entren en conflicto con las leyes religiosas fundamentadas en la tradición (hadith), se ha de someter esta última a una revisión que abra camino a una nueva interpretación. No es nada sorprendente que este insigne médico andalusí sufriera la implacable persecución de sus enemigos, que lo acusaron de herejía, muriendo encarcelado en 1374 en Fez, víctima de un tumulto popular provocado por uno de ellos. (Vid. Michael Dols, *The Black Death in the Middle East*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1977, pp. 93-95). Dols está totalmente convencido de que una de las más poderosas razones que reafirman la creencia en el contagio deriva del hecho de que proliferara la peste pulmonar, que, como se ha dicho, es una variedad altamente contagiosa. De tal importancia es la obra debida a Ibn Jatib que L. F. Hirst la considera como «el más instructivo de todos los tratados escritos en torno a la Gran Mortandad» (*The Conquest of Plague. A Study of the Evolution of Epidemiology*, Oxford, 1953, p. 51). Las circunstancias de la muerte del médico garnati las recoge Miguel Casiri en su *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*, Madrid, 1760-70, vol. II, pp. 74-75). Su obra loimológica ha sido editada y traducida al alemán por Marcus Joseph Müller [*Sitzungsberichte der Kaiserlichen bayerischen Akademie der Wissenschaften*, 2 (1863), pp. 1-34]. Últimamente, Antonio Arjona Castro ofrece un breve estudio sobre la obra de este personaje en «Las epidemias de peste bubónica en Andalucía en el siglo xiv. El médico granadino Ibn al-Jatib, pionero en señalar la idea del contagio en esta enfermedad», *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 108 (1985), pp. 49-58.

el momento de su entrada en prisión (1371) y su salida de ella (1379), como consecuencia de la muerte del primer Trastámara:

Y en esto murió el mui alto y mui esclarecido señor rey, don Enrrique, de mui santa y esclarecida memoria, y mandó en su testamento que nos sacasen de la prisión e nos tornasen todo lo nuestro²⁵.

Es menester advertir, sin embargo, que la misma narración nos presenta ambos acontecimientos tan conexos entre sí, tan artificiosamente consecutivos, que puede ofuscar nuestra visión temporal de los mismos, dando la falsa impresión de una falta de continuidad histórica, de caos cronológico. Todo lo contrario de lo que pretende hacer, precisamente, su avisada autora, ya que ésta establece muy sutilmente una clara conjunción entre la secuencia cronológica y la consecuencia moral. De tal ejercitación —retórica y ética juntamente— se ha de deducir, al rápido paso del tiempo, el anhelado fruto de su encumbramiento²⁶.

Pero volvamos a la *Relación* para detenernos, una vez más, en otra incidencia que parece calco exacto de la que ha sido objeto hasta ahora de nuestra indagación. Como en el incidente anterior, la peste hace acto de presencia en la vida de Leonor de modo brutal. Median entre este brote y el que arrebató la vida a sus hermanos y cuñados veintidós años. Desde 1379 Leonor se ha acogido, en Córdoba, al amparo y

²⁵ «Las memorias», p. 19. Como buen rey medieval, Enrique II se vio aquejado de gota durante gran parte de su vida, muriendo —el 30 de mayo de 1379— de un proceso agudo de dificultoso pronóstico a los 46 años. Los únicos datos que ofrece Pero López de Ayala es que falleció —sin perder la lucidez— a los doce días de sentirse enfermo y que la enfermedad se agravó rápidamente (*Crónica*, p. 37). Nótese cómo Leonor, en uno más de ciertos pasajes de densa carga política, da muestra de rara destreza en el difícil arte de nadar entre dos aguas: la de la desvergonzada lisonja al primer rey Trastámara, y la de la soterrada satisfacción ante la divina justicia. Ésta ha comenzado a realizarse con la muerte de aquél, único responsable —directo— de la muerte de su padre, así como —indirectamente— de numerosos miembros de su familia. Y todo ello, como impecable alegato de reivindicación de su persona ante los actuales reyes. Cabría pensar que —a costa de su padre— la hija quisiera despojar de crueldad y disfrazar de justiciera la acción de Enrique II. Mediante su maquiavélica prudencia, satisfaría —halagando su bien ganada fama de justiciero— al nieto del rey fratricida, Enrique III, pasando por aquel acontecimiento, eso sí, como gato por ardientes ascuas. En cambio, acto seguido, formulaba con decisión ante Enrique y Catalina una *exhortatio iustitiae*, claramente connotada en las postreras palabras de esta cita.

²⁶ Tal achaque es el que parecen denunciar A. K. Kaminsky y E. D. Johnson al declarar lo siguiente: «The chronology of the narration is broken by frequent shifts into the past, and there are hiatuses of years at a time in the action». («To Restaura Honor», p. 70). Como veremos más adelante en este estudio, si se produce una *regresión cronológica* en el relato, ésta se origina de forma deliberada y finamente aquilatada por parte de su autora; digno de detenimiento es, sin duda, otro ejemplo de *fusión cronológica*, al que daremos nuestra consideración a continuación.

protección de su tía, doña María García Carrillo, y, en 1386, después de la guerra con Portugal, se reúne con ella —bajo el mismo techo protector— su marido, Ruy Gutiérrez de Hinestrosa. Éste, empeñado inútilmente desde su liberación en recobrar los bienes y posición perdidos a consecuencia de los avatares de la guerra civil, vuelve derrotado, maltrecho y pobre junto a su esposa. Tras varios años de humillaciones —públicas y privadas— que Leonor sufre, si hemos de creer su *Relación* con cristiana resignación, su estrella parece cambiar:

...Y un día, viniendo con mi señora tía de misa de Sant Hipólito, vi repartir a los clérigos de Sant Hipólito aquellos corrales donde soñé yo que había el arco grande, y le supliqué a mi señora tía, doña María Carrillo, que fuese servida de comprar aquel sitio para mí, pues había diez y siete años que estaba en su compañía, y me los compró²⁷.

Tomando como excusa esta transacción económica, tan felizmente realizada gracias a la benevolencia y generosidad de su tía, Leonor utiliza este acontecimiento para extenderse en su *Relación*, más que en la consideración de circunstancias exteriores, en la configuración de su propia imagen. Habilidosamente conjurada mediante el dinámico manejo de ciertos ingredientes éticos, nuestra dama logra descubrir la fórmula adecuada para atraer hacia sí, con pasmosa eficacia, la simpatía de sus oyentes. Se arroga con sutileza una profunda humildad, un acendrado amor a su tía y una fe ciega en la Virgen María, rematado todo ello con cierto tufo de piadosa visionaria. Su persona, pues, ha de gozar del beneplácito de la Divinidad a través de su sacratísima Madre, que sabe —*noblesse oblige*— recompensar a su sierva. El favor del cielo no se hace esperar:

...En este tiempo plug[u]iese que el ayuda de mi señora tía y de labor de mis manos, hize en aquel corral dos palacios y una huerta, e otras dos o tres casas para servicio²⁸.

²⁷ «Las memorias», p. 21. Aunque en el texto de Ayerbe, siempre respetuoso con las lecturas que ofrece la copia de la Biblioteca Colombina, figura el nombre de la tía de Leonor como doña Mencía Carrillo, lo he permutado por el que se la conoce usualmente. Respecto a los pormenores históricos de la venta de los solares pertenecientes a este monasterio cordobés, iniciada en 1390, véase a Juan Rafael Vázquez Lesmes, «Monasterio y colegiata de San Hipólito de Córdoba (1343-1399)», en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía medieval*, Córdoba, 1978, vol. II, pp. 147-71.

²⁸ «Las memorias», p. 22. Merece pausada consideración, en este pasaje de la obra, la naturalidad —y hasta una respetable dosis de humilde orgullo— de que da muestra la frase, de puro valor simbólico: *y de labor de mis manos*. Que en éstos, como en otros tantos momentos posteriores de la historia de España, habría significado vergonzante bochorno en boca de cualquier noble. La astucia de Leonor, en esta instancia, es incuestionablemente modélica.

La exactitud cronológica de nuestra autora puede, en cierta manera, ponerse en duda. ¿Hasta qué punto reina la precisión en esta zona del relato de Leonor? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido entre la compra de los solares y la construcción de las viviendas — humildes — de que nos habla su *Relación*? En guardia nos pone la laxitud que muestra en otros momentos de su obra, y no sería ésta la primera vez que se pudiese en tela de juicio la meridiana justeza que aquélla muestra, en cuanto a los *detalles* históricos de que se nutre. Así, cuando recuerda a sus *oyentes* la dedicación y entrega al servicio del rey por parte de su padre don Martín, cuando, en el sitio de Carmona, el Maestre ha amparado y defendido a las infantas doña Isabel y doña Constanza, hijas de Pedro I, Leonor ha tergiversado la realidad histórica:

...Y fue así que, quando el señor rey don Pedro quedó cercado en el castillo de Montiel de su hermano, el señor rey don Enrrique, mi padre bajó al Andaluzía a llevar gente para socorrerlo. Y llevándola, halló que era muerto a manos de su hermano y, vista esta desgracia, tomó el camino para Carmona, donde estaban las señoras ynfantas, fijas del rey don Pedro y parientas tan cercanas de mi marido y mías por parte de mi madre²⁹.

Ocurrencia que vuelve a repetirse cuando rememora el patético evento de la ejecución de su padre, antes aludido. El supuesto diálogo — de gran efecto dramático — que sostiene el maestre con el mercenario francés al servicio de Enrique de Trastámara, Bertrand Duquesclin, se distancia de la verdad histórica sin el menor rebozo, aunque, eso sí, sin merma alguna de la fuerza evocadora generada por el binomio *lealtad-traición*. Como en otras ocasiones, en Leonor el verismo histórico se acomoda y subordina a un fin — en su caso y circunstancia existencial — de superior valor e inmediatez: atraerse las

²⁹ «Las memorias», p. 17. En misiva enviada por Enrique II a la ciudad de Murcia y fechada en 15 de mayo de 1371, el Trastámara comunica a sus súbditos lo siguiente: «Fazemos vos saber que oy jueves quinze dias deste mes de mayo en que estamos, nos entregaron el alcaçar mayor de aqui de Carmona en el qual estaua ençerrado el traydor Martin Lopez, e eso mesmo nos entregaron *los fijos* de don Pedro con todo lo otro que en el dicho alcaçar estaua» (Cf. Ángel Luis Molina Molina, «Don Martin López de Córdoba», doc. VI, p. 104). Peter E. Russell interpreta que esta incidencia precisa refiere, más bien, a los bastardos don Sancho y don Diego, hijos de Pedro I y de la última de sus amantes (*The English Intervention in Spain and Portugal in the Time of Edward III and Richard II*, Oxford, Clarendon Press, 1955, pp. 69, 163 n. 4 y 175). El profesor Ayerbe también hace referencia a esta posible irregularidad histórica en que incurre Leonor, utilizando la misma fuente («LLC y sus ficciones», pp. 21-22). Nótese, en cambio, cómo Leonor no desdeña la ocasión de airear el estrecho lazo de parentesco que une a su marido y a ella misma con Catalina de Lancaster. Para las relaciones femeninas del monarca castellano, véase a María Isabel Pérez de Tudela y Velasco, «Las mujeres en la vida del rey Pedro I de Castilla», *Anuario de Estudios Medievales*, 19 (1989), pp. 369-83.

simpatías de sus *oyentes*, a quienes, después de todo, iba dirigido su escrito³⁰.

Si, como Leonor ha afirmado con aparente claridad, median 17 años entre el final de su cautiverio en la Atarazana sevillana y la adquisición de esta propiedad cordobesa, cae de su peso que este último evento tendría que haberse producido en 1396. ¿Cómo explicar entonces la inexplicable tardanza de Leonor en comprar el antedicho solar, cuya venta se había iniciado ya en 1390, es decir, seis años antes de que finalizara la construcción de su modesta morada? ¿No será que engloba —en una sola pincelada cronológica— ambos procesos en uno, señalando el momento final del segundo, es a saber, el que atañe a la edificación de su vivienda? ¿Cuándo se produce, pues, la compra?

Convendría señalar que entre la visión que presagia este último acontecimiento y su posterior realización, Leonor intercala otra incidencia de su vida, cuya ubicación temporal no deja lugar a dudas:

En esto vino un robo de la judería y tomé un niño huérfano, que tenía para que fuese instruido en la fee: hizelo baptizar por que fuese instruido en la fee [...] e tengo que por aquella caridad que hize en criar aquel huérfano en la fee de Jesu Christo, Dios me ayudó a darme aquel comienzo de casa³¹.

El ataque a la judería cordobesa y la subsiguiente matanza que sufrió su población tiene lugar en los primeros días de junio de 1391. Muy probablemente, tras un espacio razonable de tiempo, debió realizarse la transacción mencionada, teniendo en cuenta una primera oposición por parte de los monjes del monasterio de San Hipólito para que se efectuara el cambio de propiedad. Calculo, por consiguiente,

³⁰ Además de José María Montoto y Adolfo de Castro, denuncia de nuevo esta irregularidad Peter E. Russell (*The English Intervention*, p. 164) y, siguiendo a éste, Ayerbe Chaux («Las memorias», p. 28). Alan D. Deyermond, que también ha comentado este incidente, atenúa la importancia de este desliz, calificándolo de «lapse of memory», opinión que no comparto; ello no obstante, da en el clavo cuando afirma que el tal «in no way impairs the vigor and drama of the narrative or the scathing condemnation of treachery» («Spain's First Women», p. 32).

³¹ «Las memorias», pp. 21 y 22. Es evidente que aquí Leonor alude concretamente a los sucesos que se dan en Córdoba los días 8 y 9 de junio de 1391 [v. J. Ramírez de Arellano, «Matanza de judíos en Córdoba», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 38 (1901), pp. 294-311; Luis María Ramírez de las Casas Deza, *Anales de la Ciudad de Córdoba*, Córdoba, 1948, p. 50]. Observa Manuel Nieto Cumplido que el calificativo habitual dado en las relaciones contemporáneas a estos sucesos reciben el nombre de *robo de la Judería* («Luchas nobiliarias y movimientos populares en Córdoba a fines del siglo xiv», en *3 estudios de historia medieval andaluza*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1977, pp. 13-65, p. 20 y nota 11). En cuanto a Leonor, hay que señalar que en este pasaje concreto nos refiere a la compra del terreno donde finalmente se eregirá su vivienda.

que en un período de dos o tres años más o menos, es decir, hacia principios de 1396, y cuando se ha finalizado la edificación de su vivienda, se produce el nefasto acontecimiento a que me he referido líneas atrás: la segunda explosión pestífera que ha de acabar con la vida del primogénito de Leonor. Abruptamente, el fugaz momento de felicidad de que goza Leonor queda cruelmente cercenado por la irrupción de la peste, y en uno de los momentos de más agudo patetismo que registra su *Relación*, la narradora nos describe paso a paso sus incidencias:

En este tiempo vino una pestilencia mui cruel y mi señora no quería salir de la ciudad. E yo demande merced [para] huir con mis hijuelos, que no se me muriesen. Y a ella no le plugo, mas diome lizencia y yo partime de Córdoba y fuime a Santaella con mis hijos³².

Su huida de Córdoba no iba a impedir que, otra vez más en su vida, se encontrara trágicamente —cara a cara— con la muerte negra. Llegada a Santaella, Leonor se aposenta, al principio de su estancia en esta villa, en casa del joven converso que, años antes, la hija del Maestre de Calatrava había rescatado de la muerte y bautizado. Poco tiempo después, se traslada a una mejor residencia ofrecida por uno de los fieles servidores de su padre. Inesperadamente, se produce un acontecimiento que sorprende profundamente a nuestra escritora y que ésta nos describe de la forma siguiente:

...entró mi señora tía con sus hijas e yo aparteme a una quadra pequeña. Y sus hijas, mis primas, nunca estaban bien conmigo por el bien que me hacía su madre. Y dende allí pasé tantas amarguras que no se pod[r]ían escribir³³.

Es obvio que tanto su tía como sus primas huyen despavoridas de Córdoba por una sola razón: la peste, que ya se había adueñado de la ciudad y hecho imposible la sobrevivencia, incluso entre las personas acomodadas. Como era frecuente en aquella época, los integrantes de estas clases —sin haber por ello leído a Galeno: *fugere cito, longe et tarde redire*— optaban por la única solución a su alcance, la huida. Ésta era, por otra parte, la reacción instintiva más inmediata ante los primeros síntomas del morbo y a la que se acogían sólo aquéllos cuya posición social y económica era lo suficientemente desahogada para

³² «Las memorias», p. 22.

³³ «Las memorias», p. 23. Sugiere Carmen Juan Lovera —y me parece muy acertada su presunción— que la inquina que mostraban hacia Leonor sus primas y la señora de Aguilar brotaba de las ambiciones de aquélla, encaminadas a recobrar para sí y su familia las posesiones de aquel señorío, concedido por Enrique II al cuñado de Martín López de Córdoba, Gonzalo Fernández de Córdoba en 1370 («Doña Leonor», p. 260).

permitirse tal conducta, intentando evitar así el contagio. El natural deseo de escapar a los estragos de la epidemia impulsa incluso a los mismos médicos y a los representantes de la Iglesia a huir de los lugares afectados por ella³⁴. La huida de los ricos y poderosos, tanto laicos como eclesiásticos, se transformaba de esta suerte en un problema crónico que se veía, paradójicamente, como solución habitual a la trágica coyuntura por la que se atravesaba. Naturalmente, los desdénados de la fortuna permanecían en el lugar atacado por la epidemia y perecían en su mayoría, confirmándose así —a los ojos de las clases acomodadas— la perfecta conexión entre pobreza y contagio, alimentada durante siglos por ellas³⁵.

Ésta es, pues, la razón que impulsa a doña María y a sus hijas a buscar refugio en Santaella, en la casa —la mejor de la villa— del antiguo servidor del maestre, Fernando Alonso Mediabarba, donde se hallaban Leonor y su familia. Pero no iba a transcurrir mucho tiempo sin que, de nuevo, la horrible plaga hiciera irrupción en el lugar:

³⁴ Vid. Philip Ziegler, *The black death*, pp. 261-65; Dorothy M. Schullian ha publicado un interesante documento en que se recoge la correspondencia cruzada entre un cardenal y un obispo en la sexta década de este siglo, en cuanto a la cuestión si constituye pecado la conducta del religioso que huye ante la peste [«A manuscript of Dominici in the Army Medical Library», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, III (1948), pp. 395-99]. Que la despavorida huida de los médicos se produce con cierta frecuencia, viene certificada por los concejales de la villa de Madrid, en acta del 23 de agosto de 1488: «... (El Concejo) pidió a los dichos señores pesquiridor [sic] e regidores que, por quanto los fisicos della questan salariados se an absentado desta dicha Villa e a su causa, por no aver quien los curar, han perecido muchas personas, que le pide e requiere que les manden enbargar los dichos sus salarios» (*Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo II (1486-1492)*, edición y comentarios de Agustín Gómez Iglesias, Madrid, 1972, p. 126). Sobre la conducta y código moral de los curadores en la baja edad media, vid. Darrel W. Amundsen, «Medical Deontology and Pestilential Disease in the Late Middle Ages», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, XXXII.4 (1977), pp. 403-21, especialmente pp. 404-405.

³⁵ Tan lejos del sentido que la ortodoxia jurídico-religiosa musulmana intenta inculcar en el creyente islámico. Éste, por lo menos en teoría, no debía huir de la peste, en caso de que se hallara en lugar castigado por el morbo; el Profeta, en varias de sus tradiciones, había negado la transmisibilidad de esta enfermedad, puesto que —en su sentir— la enfermedad procedía directamente de Dios (v. A.J. Wensinck, *A Handbook of Early Muhammadan Tradition*, Leiden, 1960, p. 215). De aquí la importancia histórica que encierran los tratados andalusíes, que con muy variada fortuna, aspiraban a instaurar como aceptables medidas médicas que chocaban de lleno con posiciones de la ortodoxia islámica respecto al concepto de contagio. En cuanto a la huida de la población, especialmente la urbana, tal fenómeno va a tener repercusiones muy importantes sobre la demografía europea. De la importancia de la huida en la estructuración interna y sus manifestaciones en el *Decameron*, de Giovanni Boccaccio, así como de su relación con los tratados médicos contra la peste, ofrece una fina visión Glending Olson, *Literature and Recreation in the Later Middle Ages*, Ithaca & London, Cornell University Press, 1982, especialmente en su capítulo 5 (*From Plague to Pleasure*), pp. 165-83.

Y vino allí pestilencia y así se partió mi señora con su gente para Aguilar. Y llevome consigo, aunque [con] asaz [enojo] para sus hijas, porque su madre me quería mucho y hacía grande cuenta de mí. E yo había enviado aquel huérfano que crié a Ézija³⁶.

De poco serviría a todos su traslado a Aguilar, en un fallido intento de alejarse de la epidemia, puesto que — finalmente — ésta haría acto de súbita presencia de una manera insospechada, y hasta — si se quiere — paradójica, en el lugar en que todos se creían a salvo. Será el joven converso prohijado por Leonor el instrumento del que el aciago destino se vale para introducir el dolor y la muerte en el hogar de los familiares que la han acogido, tanto a ella como a su tía y primas. Continúa así su *Relación*:

La noche que llegamos a Aguilar entró de Ézija el mozo con dos landres en la garganta y tres carboncros en el rostro, con mui grande calentura, y que estaba allí don Alfonso Fernández, mi primo, y su muger y toda su casa. Y aunque todas ellas eran mis sobrinas y mis amigas, vinieron a mí, en sabiendo que mi criado venía así, [y] dixéronme: «Vuestro criado Alonso viene con pestilencia, y si don Alonso Fernández lo ve, hará maravillas estando con tal enfermedad»³⁷.

³⁶ «Las memorias», p. 23. El texto de la *Relación* en este pasaje está claramente viciado. La versión que aquí se ofrece, guiada por el sentido común, me parece la más aproximada para conseguir — y me apropio de la palabra de Francisco Rico — «recuperar el texto más fiel a la voluntad del autor» (*Lazarillo de Tormes*. Madrid, Cátedra, 1987, p. 9*). La lectura que de este pasaje ofrecen F[uensanta del Valle] y RA[mírez de Arellano] («e llevome consigo, aunque me quería mucho y hacía grande cuenta de mi») atenta contra lo que hasta aquí se ha expuesto: porque la tía ama a su sobrina y no desea abandonarla a su suerte y que sea presa de la peste en Santaella, la lleva consigo y su familia a Aguilar, con gran contrariedad por parte de las envidiosas primas de Leonor (*ibid.*, nota 21). Está muy claro que aquí la hija del Maestre está insinuando que de una manera sesgada — pero sutilmente cruel y eficaz — sus primas desean su muerte. Tal percepción es la que asumiría cualquier oyente de sus desdichas en aquellos momentos.

³⁷ «Las memorias», p. 23. Según la concepción médica hipocrático-galénica que impera en la época medieval, la fiebre no era exclusivamente un síntoma, sino una categoría patógena que se caracterizaba por un exceso de *calentura* en el cuerpo. Se diferenciaba la pestilencial de las otras — efímera, héctica y pútrida — no tanto por el lugar donde se producía, sino por su *causa*. En la fiebre pestilencial y de acuerdo con la teoría astrológica vigente entonces, bajo la influencia de los cuerpos celestes, el aire que se respiraba se corrompía a causa de la mezcla de los vapores nocivos (*vapores mali*) y, al penetrar en el cuerpo y llegar al corazón, corrompía su *complexio*, generando, como las otras fiebres, un exceso de calor nocivo para el organismo. Qué se entendía por fiebre viene expresado por Avicena (*Liber Canonis*, libro IV, fen I, tratado i, cap. 1, De deffinitione febris et generibus febris. Venecia, 1507, p. 393a). Bernard de Gordon, siguiendo al maestro iraní, ofrece esta definición y clasificación en su *Lilio de medicina*, sin llegar a expresar la razón por la que, sin mediar explicación, describe las pestilenciales después de aquéllas y omite la diferencia que las separa. He aquí su texto: «Fiebre es calor non natural trasmutado en calor del fuego. El calor es y en lugar del genus, por que todas las fiebres se acuerdan en calor;

El testimonio de nuestra escritora certifica paladinamente una de las trayectorias —de Sur a Norte— que presentaba la epidemia en cuestión, mostrando que para entonces la baja Andalucía se veía presa de la peste. No sólo eso. Este fragmento del texto deja patente el carácter específico del morbo que va a devastar despiadadamente a un elevado número de deudos y servidores, incluido uno de sus propios hijos. La visión que ofrece de la llegada del joven converso, atacado ya de la inmisericorde enfermedad, refleja cabalmente la habitual percepción que se tenía vulgarmente de sus síntomas, que en nada se separa de la expresada por el profesional de la medicina. Tanto éste —letrado o no letrado— como los loimógrafos de la segunda mitad del siglo XIV, por obra y gracia de la validez que una acertada observación y la sabia experiencia pueden proporcionar, comparten la misma percepción del fenómeno pestoso. En este sentido, las ajustadas descripciones de sus síntomas que ofrecen los tratados andalusíes —seguimos con un ejemplo peninsular— son difícilmente superables y devengan, consecuentemente, un especial valor documental por las finas y agudas observaciones que del morbo nos brindan. Ibn Jātima e Ibn Jatib identifican los bubones (tawā'īn) detrás de las orejas, en las axilas y en las ingles, pasando luego a explicar —de acuerdo con la vigente teoría de los *emunctoria*— cómo la acción de la *virtus* expulsiva pro-

non natural es dicho a diferencia del natural, el qual es conseruatiuo, e el calor febril es corruptiuo. [...] E asi bien dezia Galieno: fiebre es calor non natural trasmutado en calor de fuego. [...] Agora de saber es que las fiebres, en su generacion, son de tres maneras; la vna es efimera, de la qual el sozepto son los spiritus; otra es etica, de la qual el suzepto son los mienbros liçtos [*sic*] e solidos; e la otra es putreda, de la qual el suzepto son los humores. E quien las diferencias costrituas (*i.e. constitutivas*) de las generaciones e de las especies de las fiebres quisieren saber [...] vaya al nuestro libro *De las pronosticas* e ay, con la ayuda de Dios, lo avemos puesto segund los dichos de Ypocras e de Galieno e de Auiçena e de los otros sabios» (Cf. Marcelino Amasuno Sárraga, *El «Lilio de medicina» de Bernardo de Gordonio. Contribución al estudio del lenguaje médico español del siglo XV*, tesis inédita, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1972, vol. I, pp. 4-5). Así define Avicena en su *Canon* las pestilenciales: «Pestilenciales vero fiunt ex aere turbido et humido, et febres in aere humido sunt pluris eventus, sed sunt minoris acuitatis et longioris spatii. In aestate vero sicca, paucae pluviae, sunt minoris eventus, et maioris acuitatis, et velocioris separationis, et meliora tempora sunt quae servant naturam suam, et principium omnium horum sunt formae coeli facientes esse necessarium illud, cuius adventus ignoratur, licet sint quidam, qui dixerunt in eo aliquid non proportionatum ad causam eius, immo oportet ut scias quod causa prima longinqua ad illud sunt figurae caelestes, et propinquae dispositiones terrestres. Et quando faciunt necessario virtutes agentes celestes et virtutes patientes terrestres, humectationem vehementem aeri, expelluntur vapores et fumi ad ipsum, et sparguntur in ipso, et putrefaciunt eum cum caliditate debili. Et quando fit aer secundum hunc modum, venit ad cor, quare corrumpit complexionem spiritus, qui est in ipso, et putrefit quando circumdat ipsum de humiditate, et accidit caliditas egressa a natura et spargitur in corpore tunc per causam suam, et erit febris pestilentialis...» (ed. cit., libro IV, fen I, tratado iv, capítulo I De febre pestilentiali, p. 416a-d).

pia de los órganos vitales, cerebro, corazón e hígado, libera —si el enfermo es afortunado— las substancias corruptas, a través de la sangre, a las cavidades cervical, axilar e inguinal. Es más, señalan incluso la presencia de síntomas que actualmente identificamos con los que normalmente presenta la peste pulmonar, que como se sabe, se caracteriza por un estado de fuerte postración y desmayos que acarrearán un rápido desenlace³⁸.

De acuerdo con lo expuesto por Leonor, su ahijado presenta, a su llegada a Aguilar, los infalibles síntomas de la peste bubónica, ya que el apestado muestra la presencia de bubones y úlceras negruzcas en garganta y rostro, que —según la teoría médica antes enunciada— denunciaban que el morbo afectaba al cerebro. Teniendo en cuenta tanto el carácter como la localización del infarto ganglionar, y por tanto el específico emuntorio afectado, quedaba patente su extrema gravedad. Todo esto se pone de manifiesto a renglón seguido en la *Relación*, cuando el contagio se transmite a numerosos criados, provocando su muerte:

Y en pensar que por mí havía entrado tan gran dolencia en aquella casa, fize llamar un criado del señor mi padre, el Maestre, que se llamaba Miguel de Santaella e roguéle que llevase aquel mozo a su casa. Y el cuitado hubo miedo y dijo: «Señora, ¿cómo le llevaré con pestilencia que me mate?». Y díjele: «Hijo, no querrá Dios». Y él, con vergüenza de mí, llevolo e por mis pecados treze personas que de noche lo velaban, todos murieron³⁹.

³⁸ Vid. nota 19 de este trabajo, así como Dols, *The Black Death*, pp. 77-83. En cuanto a la prevalencia de la peste pulmonar en la vertiente sur del Mediterráneo, vid. del mismo autor, «The Second Plague Pandemic and its Recurrences in the Middle East: 1347-1894», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, XXII, part. II (1979), pp. 162-89, especialmente pp. 168-75. El tratamiento local del bubón o seca en muchas ocasiones exigía una intervención drástica, que era realizada por mediación de procedimientos distintos, desde remedios tópicos hasta el empleo de ventosas, o bien recurriendo a un medio quirúrgico, como por ejemplo la saja o la escarificación, cauterio o lanceta. Todo ello, bajo la supervisión del médico, normalmente quedaba en manos de cirujanos y barberos, y su tratamiento local dependía, naturalmente, de las características propias del específico infarto ganglionar. Esto es lo que recomienda Alfonso de Córdoba, loimógrafo andaluz residente en Montpellier durante la Peste Negra: «Et si contingit quod apostema incipit, statim ponatur ventosa cum scarificatione iuxta apostema prope infra et extrahetur sanguis venenosus et purgetur cum pillulis magistri Nicolai et cum teriaca dissoluta. cum aqua scabiosae purgatur saepius locus cordis et hoc reiterari, quotiens necesse fuerit, quousque perfecte curetur» [*Epistola et regimen Alphontii Cordubensis de pestilentia*] en *Archiv für Geschichte der Medizin*, III (1909), pp. 223-26, p. 225].

³⁹ «Las memorias», p. 23. El testimonio de Leonor registra el caso usual de conjunción de ambas variedades de peste, la pulmonar y la bubónica. Es la primera y no la segunda la que provoca tan rápido desenlace, puesto que la bubónica es probablemente una de las menos infecciosas de las epidémicas (vid. Wu Lien-Teh, *A Treatise on Pneumonic Plague*, p. 2; L. F. Hirst, *The Conquest of Plague*, p. 29). Leonor no muestra

El zarpazo de la plaga alcanzará poco después a su hijo primogénito, Juan Fernández de Hínestrosa, niño de poco más de doce años, a quien su madre obliga a velar al hermanastro enfermo ante la imposibilidad de encontrar a nadie que pudiera hacerlo en su lugar. Aspecto patéticamente paradójico de la *Relación* es que el converso, finalmente, logra escapar con vida de la epidemia:

E plugo a Dios que una noche no fallaba quién velase aquel mozo doiente, por que havían muerto todos los que hasta entonzes le havían velado. E vino a mí aquel mi fijo que le decían Juan Fernández de Hínestrosa, como su abuelo, que era de hedad de doze años y quatro meses, e dixome: «Señora, no ay quien vele a Alonso esta noche». E dijele: «Velarlo vos, por amor de Dios». Y respondiome: «Agora que han muerto otros, ¿queréis que me mate?». E yo díxele: «Por la caridad que yo fago, Dios habrá piedad de mí». E mi hijo, por no salir de

por ello verdadero sentimiento de culpabilidad *personal* ante estas muertes. Recurre, como en otras instancias, al consabido tópico: *todos* somos responsables de la epidemia. Como víctimas de la pestilencia, fuere cual fuere el proceso psicológico por el que atraviesa el hombre medieval, tanto judíos como musulmanes y cristianos vieron sistemáticamente la epidemia como un aviso o un castigo a la humana iniquidad, individual y colectiva, que Dios enviaba por los pecados del hombre. Los testimonios de lo afirmado son prácticamente infinitos. He aquí unos cuantos ejemplos hispánicos:

El 7 de junio de 1348 Jaime Gil, corredor valenciano, en carta dirigida a Francisco Ezquerria, jurado de la ciudad de Valencia, afirma lo siguiente: «...que persone patiebantur quandam egritudinem contagiosam quam dominus noster Jhesus Christus propter peccata nostra voluit dare in aliquibus provinciis et partibus mundi» (Cf. Agustín Rubio Vela, *Peste negra*, p. 111).

En uno de sus sermones, fray Vicent Ferrer (1350-1419) se expresa en los siguientes términos: «...yo vos entench a declarar per què Jesuchrist done mortaldats, per ço com és offès per les gents» (*Sermons*, a cura de J. Sanchis Sivera, Barcelona, Barcino, 1934, vol. II, p. 215).

El cronista castellano Alvar García de Santa María, en una serie de consideraciones de orden moral, señala la etiología teológica de una epidemia de principio del siglo xv: «...E todas estas cosas han venido e recuden en España por los pecados de las gentes e por el mal vivir de los de España [...]. E por ende, estando Dios de justicia contra España, envia las dichas pestilencias e fambre e perdimiento de gentes, por las traer a castigo» (Donatella Ferro, *La parte inedita della «Cronica de Juan II» di Alvar de Santa Maria*, Venezia, 1972, p. 141). Se produce el encuentro mutuo de las tres religiones, en el sentido de que la idea de que el sufrimiento y el dolor humano son consecuencia de la ira de Dios, justo castigo al pecado de los hombres. Nada lejos de lo dicho se sitúa la posición religiosa de Francesco Petrarca, por ejemplo [v. Klaus Bergdolt, «Petrarca und die Pest», *Sudhoffs Archiv*, 76.1 (1992), pp. 63-73]. Tan antigua y prevalente idea tiene su origen en la Biblia, se continúa en la literatura clásica griega y romana, para aposentarse decididamente en la mente del hombre medieval [ver, entre otros, Ernst Seidel, «Die Lehre von der Kontagion bei den Arabern», *Archiv für Geschichte der Medizin*, VI (1913), pp. 81-93, p. 81; Raymond H.P. Crawford, *Plague and Pestilence*, Oxford, 1914, pp. 22-23; Richard Palmer, «The Church, Leprosy, and Plague in Medieval and Early Modern Europe», W.J. Sheils (ed.), *The Church and Healing*, Oxford (Studies in Church History, 19), 1982. p. 89].

mi mandamiento, lo fue a velar, e por mis pecados aquella noche le dio la pestilencia e otro día le enterré. Y el emfermo vivió después, habiendo muerto todos los dichos⁴⁰.

No me cabe la menor duda de que en este segmento de la *Relación* se hace referencia a la explosión pestífera que se produce entre 1396 y 1398. Este bienio es testigo de una epidemia casi general en la Península Ibérica, de la que se poseen suficientes noticias en lo que concierne a su vertiente mediterránea. Un cronista aragonés, Jerónimo de Zurita, evoca la desesperada situación por la que atraviesan algunos territorios de la corona aragonesa, aunque dando la impresión de que abarca una reducida extensión geográfica. Hoy en día se sabe que esta explosión pestífera afectó a todo el territorio peninsular e insular de dicho reino, haciendo de ella una epidemia «mayor» y general. Agustín Rubio Vela —con evidente razón— sospecha que esta oleada «anduviera, asimismo, por los países vecinos, si bien no poseemos noticias ciertas al respecto»⁴¹.

⁴⁰ «Las memorias», p. 24. San Benito, en los *instrumenta bonorum operum* de su regla monástica, animaba a sus monjes a visitar a los enfermos y además confería a su cuidado la máxima importancia: «Infirmorum cura ante omnia et super omnia adhibenda est, ut sicut revera Christo ita eis serviatur» [P. Schmitz (ed.), *Sancti Benedicti regula monachorum*, Maredsous, 1955, p. 96]. No necesita encarecimiento el sublime grado de humana renuncia y acrisolada caridad cristiana con que, en este pasaje de la *Relación*, ha sabido revestir Leonor a su propia persona. Y tanto más cuanto menos merecedor de tal sacrificio —en el sentir de sus familiares— es el responsable de la tragedia tan sabiamente descrita por nuestra relatora: su prohijado converso. A tales efectos, nos recuerda Ayerbe Chaux que «se comprende la indignación de la familia ante la muerte innecesaria del niño y de tantas personas para que sobreviviera un judío [*sic*]» («LLC y sus ficciones», p. 20). Y tiene razón, en cuanto que ésta sería la actitud social *normal* de la inmensa mayoría de la población castellana de este momento, transida de judeofobia. Pero en esta instancia, Leonor está magistralmente especulando con la específica posición político-religiosa del monarca castellano reinante en este momento. La actitud personal de Enrique III era francamente favorecedora de los judíos a él allegados en la misma corte, y siempre se mostró defensor, al menos *de voce*, del resto de sus vasallos pertenecientes a esta minoría social, simultáneamente abogando por su conversión. Así, en las Cortes de Valladolid que se iban a celebrar en 1405, Enrique volvió a afirmar su voluntad de «que se mantuviesen los judíos en sus reinos, que así lo mandaba la Santa Iglesia, y que habían de tomar a la fe» (*Cortes*, II, pp. 544-54). Hete aquí que el sublime gesto religioso de Leonor, sin dejar de serlo, se desdobra en otro político de fidelidad y solidaridad con su soberano, y digno por lo tanto del mayor encomio.

⁴¹ *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1610, vol. II, fol. 422; *Peste negra*, p. 44, donde, además, Rubio Vela recuerda la corrección hecha ya a principios del siglo XIX por Bartolomé Ribelles en su *Compendio histórico de todas las epidemias padecidas en Valencia antes del año 1647* (Valencia, 1804) a la fecha de 1394 enunciada por el cronista aragonés. Con respecto a la Península Ibérica, parece que Rubio Vela desconocía el valioso estudio de Torres Fontes sobre el reino de Murcia, por mí utilizado, que había aparecido dos años antes que el suyo en el primer número de *Anales de Universidad* (Murcia, Facultad de Medicina, 1977, pp. 123-61).

Tal sospecha ha sido desvelada por los trabajos de Juan Torres Fontes, que ha detectado una de las más importantes oleadas pestíferas que se han cernido sobre el reino de Murcia en aquel bienio. Al trabajo de este investigador recurrimos —una vez más— para ofrecer un resumen de lo sucedido en esta zona de la corona de Castilla.

La prolongada y mortífera epidemia que sufre la región murciana se inicia en los últimos días del año 1394 o comienzos de 1395 para prolongarse hasta los días finales de noviembre de 1396. De acuerdo con la documentación aportada por el historiador murciano, se cifran en 6.088 los fallecidos en Murcia en el transcurso de algo menos de dos años. Por primera vez en la historia archivística castellana se cuenta con una estadística bastante completa, hecha de parroquia en parroquia, a la que se suma el recuento procedente de la morería y la judería, que nos permite llegar a esta precisión numérica. Por desgracia, no se dispone de datos concretos sobre el modo y circunstancias que presentara el morbo en estos dos años, aunque salten a la atención del lector ciertos aspectos —muy aislados— de no poca importancia para el asunto que nos concierne, como el que sigue. En mayo de 1396 se autoriza el ejercicio de la medicina a Yuçaf Benohaymi, físico natural de Córdoba, porque

en este tiempo desta mortaldat a començado a fazer muchas buenas curas en esta çibdat, asy a omes como a mugeres, e todos los mas quel a curado e cura an sanado e sanan e non peligran; e fasta aqui non fue exsaminado [*sic*] nin tenia liçençia del dicho conçejo para vsar del dicho ofiçio...⁴².

Todo ello me inclina a pensar que Yuçaf habría llegado recientemente a la ciudad, muy probablemente huyendo de Córdoba y de la misma situación con que había de encontrarse en Murcia. Que el elevado número de muertos en esta última capital no es exagerado viene confirmado por la deposición que proporciona el molinero Fernán García, quien el 28 de junio del mismo año —en plena epidemia— afirmaba que la mortandad «a levado della la mayor partida de la gente que en ella era al tienpo que yo fize el dicho serviçio e puya en

⁴² La licencia para que el médico judío pudiera ejercer su profesión en la ciudad de Murcia lleva la fecha del 13 de mayo de 1396, y tiene un carácter verdaderamente excepcional —como los tiempos que corrían en dicha ciudad— puesto que momentáneamente se le exime del consabido examen de suficiencia que todo curador había de sufrir, ante las autoridades municipales, para obtenerla. La reproduce J. Torres Fontes, de quien tomo la cita [«Tres epidemias», p. 60. Para más detalles, *vid.* pp. 31-40, y 58-65 (apéndices documentales)].

los dichos molinos», lamentándose de que «por la qual mortaldat e pestilençia yo he perdido en los dichos molinos muy mucho»⁴³.

En cuanto a los otros territorios periféricos a Córdoba, sólo he logrado localizar una fugaz referencia a ella en una carta del maestre de Santiago, don Lorenzo Suárez de Figueroa, fechada en Guadalcanal el 3 de junio de 1396. En ella se alude a la defensa de Mérida contra su comendador y a la triste situación en que se ve inmersa la ciudad y su territorio, «assí por la gran pestilençia que Dios sobre la gente quiso echar como por las guerras que han sido en estos tiempos passados»⁴⁴. En lo que a Sevilla toca, nada he encontrado que nos pueda certificar documentalmen- te que la ciudad andaluza, donde estaba residiendo Enrique III desde los días finales de diciembre del año anterior, sufriera los embates de la epidemia; Diego Ortiz de Zúñiga nada nos dice sobre el particular, aunque vista la situación general registrada en toda la Península Ibérica, la de Sevilla no podía ser diferente⁴⁵.

Algo similar sucedería en Córdoba. Ni Juan Gómez Bravo en su *Catálogo* ni Juan Ballesteros Rodríguez en su nómina aluden a la epidemia de 1396, de suerte que hemos de conformarnos con dos datos más o menos *concretos* como son los aportados por los Archivos murcianos desenterrados por el profesor Torres Fontes — los referidos al médico cordobés Yuçaf Benohaymi — y el testimonio de Leonor López de Córdoba. Ahora bien, cabe preguntarse si es lícito basarse en tan reducida información para que sirva de base y catapulta hacia la elucidación de la fecha en que Leonor termina su *Relación*. ¿Por qué situarla en 1396 — y en los primeros días de junio, como intentaré demostrar — cuando pocos años después, entre 1398 y 1400, irrumpe, no sólo en Córdoba sino también en el resto de Castilla, otro brote pestoso más conocido y aparentemente más mortífero? Por otra parte, así lo han hecho algunos de los críticos que se han acercado a la obra de Leonor López⁴⁶.

⁴³ «Tres epidemias», doc. XIV, p. 61.

⁴⁴ Esteban Rodríguez Amaya, *Don Lorenzo Suárez de Figueroa*, Badajoz, Diputación provincial de Badajoz, 1950, pp. 52-53. Este hecho me inclina a pensar que también en Sevilla, donde se hallaba el rey Enrique III durante los últimos días de mayo, se dejaba sentir el impacto de la epidemia. Mucho más al norte, muy impreciso es el dato que se halla en los privilegios conferidos por Enrique a la villa de Toro en 1397, afectada «por las mortandades y guerras pasadas» (César Fernández Duro, *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y su obispado*, Madrid, 1882, vol. II, p. 16. Citado también por Emilio Mitre Fernández, «Algunas cuestiones», p. 618).

⁴⁵ Nada menciona tampoco Nicolás Tenorio y Cerero en su *Visitas que don Enrique III hizo a Sevilla en los años 1396 y 1402, y reformas que implantó en el gobierno de la Ciudad*, Sevilla, 1924.

⁴⁶ Adolfo de Castro señalaba que «la pestilencia de que aqui se habla ocurrió en los años de 1400 y 1401, invadiendo no sólo á Sevilla, sino también á lo más de Andalucía» («Memorias», I, pp. 145-46). Siguiendo tal vez a éste, lo hacen posteriormente otros, co-

Antes de pasar a la discusión de esta fase —la más importante de este trabajo— procede adelantar algunas noticias sobre este último brote pestilencial. De entrada, es muy aventurado establecer con exactitud el inicio de la escalada pestífera que se registra en los dos últimos años del siglo xiv, aunque no nos falten datos para —de manera rigurosamente provisional— poder hacerlo en torno al año de 1398⁴⁷. Que la epidemia afectó a todos los reinos peninsulares es la razonable conclusión a que se puede abocar si damos crédito a las palabras del historiador salmantino Bernardo Dorado, quien expone lo siguiente:

... En el año de 1400. hubo Peste general en estos reynos. siendo tanta la mortandad, que obligò à hacer Cortes para ocurrir al remedio: tubieron estas en la Villa de Cantalapiedra Jurisdiccion de este Obispado,...⁴⁸.

La situación en Sevilla viene registrada por cronistas como el ya mencionado Ortiz de Zúñiga, que ubica la fase inicial del brote en 1399, certificando que hubo «muy grand mortandad en toda la tierra», refiriéndose, claro está, no sólo a la región de Sevilla sino —creo— a toda Andalucía. La crónica publicada por Pedro Barrantes Maldonado afirma que «en el quarto año del señorío deste conde Don Henrique de Niebla, que fue año del Señor de mill é quatroçientos años, uvo gran pestilencia en toda la tierra», corroborando de esta suerte el aserto del primero⁴⁹.

mo Ayerbe Chaux, al exponer el contenido de las *Memorias*: «En ellas, después de informar acerca de la alumia de sus padres, narró las desgracias de su familia: la ejecución de su padre, el Maestre, la pérdida de todos los bienes, el contagio que en la sucia prisión costó la vida a sus hermanos y amigos y el flajelo [*sic*] de la peste que azotaba a Andalucía en los años 1400 y 1401» («Las memorias», p. 11); también A.R. Firpo: «Las *Memorias* finalizan con la peste de 1400 que azotó la zona andaluza» («Un ejemplo», p. 24); A. K. Kaminsky y E. D. Johnson, muy probablemente siguiendo a Ayerbe: «The Virgin rewards the protagonist's prayers and piety through the generosity of the aunt, but this favor is unexpectedly withdrawn during the plague of 1400-1401 when her son is stricken and dies.» («To Restore Honor», p. 71); Alan D. Deyermond, «Spain's First Women», pp. 35 y 36; Carmen Juan Lovera, «Doña Leonor», p. 262; Carmen Marimón Llorca, *Prosistas castellanas*, p. 88, y otros.

⁴⁷ Toda esta fase viene anticipada por una gran epidemia que el año anterior, es decir en 1397, había brotado por los territorios de la corona de Aragón, cuya noticia recoge Jerónimo Zurita en sus *Anales*, II, fol. 425.

⁴⁸ *Compendio histórico de la ciudad de Salamanca, su antigüedad...*, Salamanca, Juan Alonso de Lasanta (s.f.), p. 279.

⁴⁹ *Annales*, p. 262a e *Yllustraciones de la Casa de Niebla en Memorial Histórico Español*, IX, Madrid, 1857, II, p. 9, respectivamente. Tal vez, el primero esté bebiendo del mismo venero que desentierra Barrantes Maldonado. Junto con otros datos, la noticia de Ortiz de Zúñiga ha pasado a la crónica de Enrique III, con vistas a completar de manera sucinta los años que dejó en blanco Pero López de Ayala.

Afirma Velázquez y Sánchez que esta invasión landrosa produjo crecida mortalidad, y había brotado en el otoño de 1399 para volver a encenderse en la primavera de 1400 y posteriormente reaparecer en marzo de 1401 con disminuida fuerza⁵⁰. La epidemia vino acompañada, recrudeciéndola, de una gran carestía provocada por un exceso de lluvias. Se continuó todavía hasta el año de 1401, muriendo el mismo arzobispo de la diócesis sevillana, D. Gonzalo de Mena, el jueves 21 de abril, víctima de una landre⁵¹. Antonio Collantes de Terán Sánchez, que aduce el documento 81 de los *Papeles del Mayordomazgo*, fechado el 4 de noviembre de 1401 y sito en el Archivo municipal sevillano, emplaza este brote pestífero en 1400. Muy probablemente habría estallado el año anterior, que es lo que parece recoger Ortiz de Zúñiga, para desde allí extenderse a toda Andalucía⁵². Pese al peligro que la peste ofrecía en la ciudad, Ortiz de Zúñiga nos asegura que «estaua el Rey (Enrique III) en esta Ciudad por el mes de Iulio, como solia de ordinario, segun el padre Iuan de Mariana, que dize, que gustaua de asistir en ella con frecuencia, deleitando en la hermosura de la Ciudad, y amenidad de sus campos»⁵³.

La situación por la que atravesaba Córdoba y su región queda esclarecida por noticias más seguras que en la ocasión anterior, siendo por tanto de extrema pertinencia su consideración. En efecto, los datos procedentes de la misma ciudad confirman que en 1398 se desencadena un brote cuyas secuelas van a prolongarse hasta dos años más tarde, al tiempo que iba aumentando gradualmente su incidencia. Sus

⁵⁰ *Anales epidémicos*, p. 45.

⁵¹ Ortiz de Zúñiga, *Anales*, p. 263a. Todavía en este año de 1401 algunos pueblos de Guipúzcoa sufrían los efectos de la epidemia, como lo acredita cierto documento: «En este reinado y año de 1401, hirió con tanta furia el azote de la peste a los pueblos de Guipúzcoa, que sufrieron la desolación, siendo abandonados de sus moradores que, por evitar el contagio, se refugiaron al abrigo de los montes, según consta de relaciones antiguas y una que se hallaba estampada en el oficio dominical de la parroquia de Zarauz» (Academia de la Historia, *Colección Vargas Ponce*, vol. 38, fol. 69. Cf. E. Mitre Fernández, *Evolución*, p. 139, n. 167).

⁵² *Sevilla*, p. 434, n. 39. Se trata de un mandamiento a los contadores del concejo sevillano para que recibiesen en cuenta a Alonso Pérez de Godoy, mayordomo que fue en el año 1400-1401, los 1333 mrs. que Lope García, escribano, debía de dicha renta. El concejo acordó que no le fuese demandada tal cantidad por la gran pérdida que tuvo en la mencionada renta, por razón de la mortandad que hubo en la ciudad este mismo año. Un extracto de este documento se encuentra en Francisco Collantes de Terán, *Inventario de los Papeles del Mayordomazgo del siglo XIV. Archivo municipal de Sevilla*. Sevilla, 1968, doc. 81 (años 1400-1401), p. 96. Recuértese que lo mismo afirma Velázquez y Sánchez (*Anales epidémicos*, p. 45).

⁵³ *Anales*, p. 263a-b. Para la relación existente entre el rey Enrique III y la ciudad de Sevilla, vid. Nicolás Tenorio y Cerero, *Visitas*. Así pues, tanto en 1396 como en 1400, el monarca castellano no abandonó la ciudad, que sufre en ambas ocasiones el zarpazo de la pestilencia.

catastróficos efectos habían de producir un descenso demográfico tal que no pasó desapercibido al episcopólogo cordobés Juan Gómez Bravo, quien presenta la situación de esta manera:

...tanto estrago hizo en España la peste de mil quatrocientos que, para poblar el Reino exhausto de gente, también en las guerras, revocó el Rey la ley antigua que prohibía casarse a las mugeres antes de cumplirse el año de viudez, y mandó publicar que en adelante lo pudiesen executar. En Córdoba fue la mortandad grandísima, pues en los quatro meses de Marzo, Abril, Maio y Junio murieron setenta mil personas, como se lee en la Crónica de Enrique Tercero⁵⁴.

Éstos son los datos que hasta ahora he logrado rescatar y que, aunque muy reducidos, permiten establecer la base documental necesaria para seguir adelante en el esclarecimiento de las circunstancias históricas que condicionan las circunstancias personales que impelen a Leonor López a redactar su *Relación*.

Me parece indudable que, sea cual fuere la peste a que se refiere su autora, el relato termina con su vuelta a Córdoba. Apreciación que queda evidenciada justamente en las últimas palabras de la *Relación* y es compartida por todos:

Esta noche, como vine de soterrar a mi fijo, luego me dixeron que me viniese a Córdoba. E yo llegué a mi señora tía por ver si me lo mandaba ella. Ella me dijo: «Sobrina señora, no puedo dexar de hazerlo, que a mi nuera y a mis fijas [h]e prometido, por que son [h]echas en vno, y en tanto me han afligido que os parta de mí, que se lo ove otorgado. E esto no sé qué enojo hacéis a mi nuera doña Theresa, que tan mala intención os tiene». Y yo le dixe con muchas lágrimas: «Señora, Dios no me salve si merecí por qué». Y así, véneme a mis casas a Córdoba⁵⁵.

⁵⁴ *Catálogo*, I, p. 327. La cifra, si se refiere exclusivamente a la ciudad, es desorbitada e inadmisibile. Posiblemente sea aplicable a ella y al resto del obispado, en lo cual concuerdan muchos de los historiadores cordobeses [Cf. J. Ballesteros Rodríguez, *La peste en Córdoba*, p. 103. Para las secuelas derivadas de las epidemias sobre la población de Córdoba, vid. Manuel Nieto Cumplido, «La crisis demográfica y social del siglo XIV», *Anales del Instituto de Bachillerato «Luis de Góngora»*, III (1972), pp. 25-33]. El documento a que se refiere Gómez Bravo es una carta real emitida desde Cantalapiedra el 8 de mayo de 1400. Esta disposición no era nueva, ya que también — y por las mismas razones — la había impuesto Pedro I en las Cortes de Valladolid de 1351 (*Cortes*, II, p. 16). Que la viuda observara el luto de esa forma era costumbre inveterada en Castilla, y así lo acredita meridianamente el arcipreste de Hita en la respuesta de la dueña a la *vieja coitral*: «Non me estaria bien/casar ante del año; que a bivda non convién, /fasta que pase el año de los lutos que tien/casarse, ca el luto con esta carga vien» (*Libro de buen amor*, edición de Alberto Blecuá, Madrid, Cátedra, 1992, e. 759, p. 188).

⁵⁵ «Las memorias», pp. 24-25.

Ahora bien. ¿Cuándo queda finalizada la *Relación*? ¿En qué momento más o menos preciso se produce este hecho? Esta incógnita tal vez pudiera ser despejada si consideramos otro primordial factor en la obra de Leonor López: ¿A quién va dirigido, después de todo, este escrito? Si se califica a este documento como un *memorial* —de agravios y grandes, por poca fe que concedamos a las palabras de su autora— que ha de enviarse a un preciso destinatario (o destinatarios), no me cabe la menor duda que éste o éstos han de encontrarse en tan alta posición que puedan promover la reparación de aquéllos. Si así no fuese, su redacción —por mano de escribano público— no tendría sentido. Consecuentemente, no puedo verlo como sincero enunciado de ejemplaridad cristiana, pese a que tal calidad pueda venir respaldada por la tópica y formularia invocación contenida al inicio de la *Relación*. La cual —más que a la difusa e innominada masa de los que sufren— va dirigida exclusivamente a unos individualizados destinatarios, alentando sutilmente en ellos la puesta en práctica del acto ritual por excelencia, propio de reyes: imponer la justicia. Sólo así, en la suprema realización de la *imitatio Christi* a la que él únicamente puede llegar, el monarca es digno de honra y alabanza, incluso por parte del súbdito más castigado por la misma injusticia de la soberana majestad⁵⁶. Tampoco puedo considerarlo como muestra —a mi en-

⁵⁶ «...y escríbolo a honrra y alabanza de mi Señor Jesu Christo e de la Virgen Santa María, su Madre que lo parió, por que todas las criaturas que estubieren en tribulación sean ciertos que yo espero en su misericordia, que si se encomiendan de corazón a la Virgen Santa María, que Ella las consolará y acorrerá, como consoló a mí» («Las memorias», p. 16). A.R. Firpo tampoco cree en esa ejemplaridad: «Al analizar el texto observamos que no hay ninguna voluntad de ejemplaridad. Su historia es un «caso» concreto anclado en la materialidad del ascenso social» («Un ejemplo», p. 23). La identificación del monarca con la figura de Cristo —por obra y gracia de un recurso retórico infiltrado en el lenguaje político de la época— es muy común en la literatura bajomedieval. Valgan dos ejemplos: «Pues començando primamente la cuenta de la conjunção (de la luna) en el año de mill e quatroçientos e diez e ocho años, en el siguiente reyno el grant Rey don Juan, por la gracia de Dios reyy castellano, castillo fuerte en toda fortaleza, leon brauo contra los malos, cordero omjilde contra los justos e buenos, semejante a su Rrey e maestro, Ieshu Xristo nuestro senyor...» [Maestre Estéfano (1381), *Rregimjentos para conseruar la salud de los omes* (Ms. 145, ff. 7v-8r de la Biblioteca de la Real Academia de la lengua, Madrid)]. Algo semejante apunta Pero López de Ayala, aunque esta vez aludiendo a los arrendadores judíos de las rentas reales: «Dize luego el rey: «A mí plaze grado/de les fazer merced, que mucho han pujado/ogaño las mis rentas», e non cata el cuitado/que toda esta sangre sale del su costado» («Libro de poemas» o «*Rimado de palacio*», edición crítica, introducción y notas de Michel García, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica), 1978, e. 252, p. 153). No resultaría nada forzoso establecer un fácil paralelismo entre Cristo y su Madre, por una parte, y Enrique de Trastámara y Catalina de Lancaster por otra. Al soberano le cumplía satisfacer la demanda de justicia requerida por su súbdito; a la reina la obligación de pagar, como hija de la infanta Constanza, la deuda de gratitud contraída con la única superviviente de tan dedicada y leal familia de vasallos de su

tender, simple y gratuita — de desahogo, en la que Leonor da rienda suelta a sus penas e infortunios; y, mucho menos, no puede ser un acto de contrición de unos pecados que —ella lo sabe muy bien— nunca ha cometido («Señora, Dios no me salve si merecí por qué»). Y esto, por la poderosa razón de que Dios y su Madre son sus únicos valedores que, muy sencillamente, la han sometido a prueba, no sólo a ella, sino también a su paciencia. Pero moderna réplica femenina de Job —si bien despojada de la densa dimensión ejemplificadora del bíblico varón— la pierde en una sola instancia; no obstante, el Cielo está de su parte, y así, consecuentemente, fulmina a su enemiga⁵⁷.

Posteriormente, la Divinidad amagará todavía Su acción, a la espera del instrumento que ejecute en la práctica Su mayor obra: la realización de Su justicia. ¿Quién mejor que el soberano castellano, Su representante en la tierra?

Considero, por lo tanto, que esta especie de *borrador* de *memorial* tenía unos destinatarios muy precisos: los reyes castellanos, Enrique III y, sobre todo, la reina —entre damas anda el juego— Catalina de Lancáster, hija de la infanta Constanza y nieta del rey Pedro I de Castilla⁵⁸. Que dicho documento surte el efecto anhelado queda re-

abuelo, el rey don Pedro. Para la visión que de la justicia y el rey imperaba entre los castellanos, da clara muestra este pasaje de *El libro de los cien capítulos*: «Las cosas que deue el rey a su pueblo son que los quiera bien, e que meta mientes en enderesçar sus obras, e que les meta en buenas costumbres, que reyne entre ellos, e que faga justicia» [Agapito Rey (ed.). Bloomington, University of Indiana Press, 1960, p. 5]. Váyase, para un amplio tratamiento de este asunto, a Joaquín Gimeno Casaldueiro, *La imagen del monarca en la Castilla del siglo XIV*, Madrid, Revista de Occidente, S.A. (Colección *Selecta*, 44), 1972, especialmente pp. 15-20 y 51-52.

⁵⁷ «...Y dos días antes que acabase la oración, demandé a la señora mi tía que consintiese abrir un postigo a sus casas, por que no viniésemos por la calle a comer a su mesa, entre tantos cavalleros que havia en Córdoba. E la su merced respondió le placía, e yo fui mui consolada, e quando otro día quise abrir el postigo, criadas suyas le havían buuelto su corazón que no lo hiziese. Y fui tan desconsolada que perdí la paciencia, e la que me hizo más contradición con la señora mi tía, se murió en mis manos comiéndose la lengua» («Las memorias», p. 21). Es, pues, un ataque de epilepsia la vía escogida por la Providencia para mostrar la *ira Dei* y no un homicidio ejecutado por Leonor, como incomprendiblemente afirma Ruth L. Ghassemi: «O no quiere mentir, o no le parece malo matar a una declarada enemiga de su honra» («La crueldad», p. 26). La incomprensida frase salta, sin ir más lejos, en la obra de Alfonso Martínez de Toledo cuando se refiere al *falso bygardo*: «Después le vi yo byen fazendado e byen rico, dexado el ábito, e con mucha renta, e con mucha cobdicia desordenada de aver alcançar. Por causa de aquella falsedad que cometiera, segund fama era, e en la mayor fervor de su prosperidad, Dios le levó desta vida, el qual murió en mis manos» (*Arcipreste de Talavera o Corbacho*, edición, introducción y notas de J. González Muela, Madrid, Clásicos Castalia, 1970, p. 242).

⁵⁸ Lo denomino así, teniendo en cuenta algunas de las muy sensatas observaciones ofrecidas por Louise Mirrer en su interesante trabajo «Leonor López de Córdoba and the Poetics of Women's Autobiography», *Mester*, 20.2 (Los Ángeles, 1991), pp. 9-18. Aunque situando este hecho varios años más tarde (en 1412), Ayerbe Chaux concuerda en que

frendado por esa zona de la misma historia, ya tan conocida. A finales de 1406 y antes de que expire en Toledo el tercero de los monarcas Trastámaras, Leonor ha logrado ya alcanzar la intimidad de la reina Catalina, en calidad de camarera mayor y privada de la castellana inglesa. Según las informaciones de uno de sus numerosos enemigos cortesanos (rarísima habilidad la suya para granjearse demasiados y poderosos), nada se hacía en la corte de la reina sin su consentimiento y aprobación⁵⁹. Superfluo sería repetir aquí lo ya bien sabido; no lo es tanto el hecho de que pocos días después de la muerte del soberano, es decir, el primero de enero de 1407, Leonor otorga a su marido, que se halla en aquellos momentos en Alcalá la Real, una carta de poder para realizar una serie de ventajosas transacciones que la acreditan, a los ojos de ciertos cortesanos, como mujer cegada por su avaricia⁶⁰.

el destinatario es también Catalina de Lancáster («LLC y sus ficciones», p. 21). Así lo siente asimismo Carmen Juan Lovera: «La verdadera intención de Leonor sería dar a conocer, a persona idónea, las tremendas penalidades sufridas, por ella y su marido, debidas a la lealtad de su padre, don Martín, al rey don Pedro. Esa persona no podía ser otra que la reina Catalina, nieta de don Pedro, a la que había conocido el año 1396...» («Doña Leonor», p. 265). Leonor, astutamente, rehuye — y así lo ha percibido certeramente Randolph D. Pope — inmiscuirse en conflictos dinásticos, para evitar de esta suerte cerrarse «las puertas del centro del poder temporal» (*La autobiografía*, p. 23). Esta calculada ambivalencia de Leonor, indudablemente, se ajusta a las exigencias de una realidad histórica a la que en nada es ajena: el conflicto dinástico ya había quedado saldado, años antes, con la unión matrimonial del nieto de Enrique II y la nieta de Pedro I.

⁵⁹ Para la suerte corrida por Leonor en la corte castellana, *vid.* Fernán Pérez de Guzmán, *Crónica de don Juan II en Crónicas de los reyes de Castilla*, Madrid (Biblioteca de Autores Españoles, 68), 1877, pp. 278, 283, 340 y 344. De la gran satisfacción que en muchos produjo su caída del favor real se hacen eco — aunque sin mencionar su nombre — dos composiciones satíricas de Gómez Pérez Patiño, que saltan al interior del *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*, edición crítica por José María Azáceta, Madrid, CSIC (Clásicos Hispánicos), 1966, vol. III, n° 351 y n° 352, en pp. 799-803). Una somera — pero importantísima — noticia histórica sobre esta dama de la corte de Catalina de Lancáster viene presentada por Manuel Nieto Cumplido [«Aportación histórica al Cancionero de Baena» en *Historia. Instituciones. Documentos*, 6 Sevilla, 1979, pp. 197-218, pp. 212-15], enriquecida por Carmen Juan Lovera en su artículo «Doña Leonor», ya mencionado. En cuanto al favor a ella dispensado por la viuda de Enrique III, así como otros datos extraídos de documentación contemporánea, consúltese el artículo de Clara Estow, «Leonor López de Córdoba: Portrait» (véanse algunas de las muchas razonables objeciones que podrían hacerse a este trabajo en el de R. Ayerbe Chaux, «LLC y sus ficciones», p. 19, n. 8). En los últimos años, Leonor y su obra han sido tema de una tesis doctoral, que no he podido consultar: Katherine Amanda Curry, *Las «Memorias» de Leonor López de Córdoba*, Georgetown University, 1988. Cf. *Dissertation Abstracts International. A: Human and Social Sciences*, 49 (1989), p. 3744-A.

⁶⁰ Fernán Pérez de Guzmán alude, por añadidura, a las palabras desdeñosas proferidas por Leonor contra los altos cortesanos y la escasa virtud de la dama: «...e aun por mayor reprehension e increpacion dellos, digo que non solo a este simple onbre, mas a una liuiana e pobre muger, ansi como Leonor Lopez, e un pequeño e raez onbre, Ferrand Lopez de Saldaña, asi se sometian e inclinauan [...] Por gracia de la breuedad non se espresan aqui

Si admitimos como cierta la premisa sostenida en este trabajo de que la *Relación*, en la manera que la conocemos o de forma más elaborada, estaba destinada a ser *oída* —la realeza castellana no leía, escuchaba— por los reyes, se plantea entonces la siguiente pregunta: ¿Cuándo pudo tener lugar este acontecimiento? En otras palabras, ¿cuáles podrían ser las circunstancias que favorecieran tal sucedido?

La respuesta a estas preguntas nos obliga a volver de nuevo a Sevilla, donde el rey Enrique III, junto con su *esposa*, hermano y cuñada, han residido desde finales de diciembre de 1395 hasta los últimos días de mayo de 1396. Poco antes de la primera fecha, el rey, abandona precipitadamente el cerco de Gijón, puesto que «vinieronle nuevas cómo auían rogado la judería de Sevilla; e partió de allí, e fué-se para allá»⁶¹. Enrique se desplaza a Sevilla a fin de poner coto a los problemas políticos que dividían a la ciudad, amargo fruto de las rencillas existentes entre Juan Alfonso de Guzmán, primer conde de Niebla, y su sobrino Pedro Ponce de León, señor de Marchena. Desde su llegada hasta los últimos días de mayo, el monarca castellano consigue sojuzgar los ánimos de los contendientes e imponer con suma energía la regia autoridad sobre ellos, dando prueba de extremada justicia y benevolencia⁶².

muchas maneras e palabras desdeñosas e aun injuriosas que los suso dichos dixieron a muchos grandes e buenos, lo qual es cierta prueua e claro argumento de poca virtud e mucha cobdiçia del presente tienpo, que con los intereses e ganancias que por interçesion dellos auian, non pudiendo templar la cobdiçia, consentian mandar e rigir a los tales que poco por linaje e menos por virtudes lo mereçian...» (*Generaciones y semblanzas*, edición y notas de J. Domínguez Bordona, Madrid, Clásicos Castellanos, 1924, pp. 108-109). La noticia refiere a diversas compras de rentas reales efectuadas con la aquiescencia de doña Catalina y don Fernando, tutores del niño rey y corregentes del reino. Entre 1409 y 1417, Ruy Gutiérrez de Hinestrosa invierte, en propiedades rústicas y urbanas situadas en Córdoba y su término, la cantidad de 2.353 doblas de oro. Cuando la hija de ambos, Leonor López de Hinestrosa, casa con don Juan de Guzmán el Póstumo en 1411, su madre le asigna una dote valorada en 20.000 doblas. Se podrá hallar información adicional en la *Colección Vázquez Venegas*, tomo 273, ff. 172-180, que no he podido consultar, pero que ha sido expurgada por Manuel Nieto Cumplido, de quien tomo estas noticias («Aportación histórica», p. 214). Para los vínculos de Leonor con Alcalá la Real, *vid.* Carmen Juan Lovera, «Doña Leonor», pp. 266-67.

⁶¹ *El Victorial*, p. 75. Gutierre Díez de Games está errado en este lugar, pues el suceso que menciona había tenido lugar en 1391. En marzo de 1395 se había iniciado un informe jurídico sobre la responsabilidad contraída por los incitadores del motín, quedando en suspenso la decisión final hasta la llegada del rey a la ciudad. Lo que importaba al monarca castellano era, esencialmente, castigar el acto de indisciplina e imponer la autoridad real. El principal responsable del tumulto, el arcediano Ferrán Martínez, fue puesto en prisión, aunque no fue castigado con rigor [*vid.* Luis Suárez Fernández, «Castilla (1350-1406)», en *Historia de España*, Ramón Menéndez Pidal (dir.), Madrid, Espasa-Calpe, 1966, tomo XIV, pp. 1-378, p. 340].

⁶² Para detalles, *vid.* Luis Suárez Fernández, *Estudios sobre el régimen monárquico de Enrique III de Castilla. Hispania*, n° XLVII-XLVIII. Madrid, s.f., p. 115; Emilio Mitre

Realizada tan importante labor en la metrópoli andaluza, Enrique inicia su retorno, con toda su corte, hacia el corazón de Castilla, no sin antes detenerse en Córdoba, que, como se recordará, es todavía víctima de la pestilencia. Su estancia en esta ciudad respondía también a su deseo de fortalecer su autoridad, quedando certificación documental de las medidas políticas que sabe imponer sobre la población cordobesa⁶³.

Es el momento apropiado para regresar al testimonio escrito de Leonor López y retomar el hilo suelto de la incógnita concerniente a su destinatario o destinatarios. Es preciso para ello que —tras las formularias declaraciones de juramento y de edificante ejemplaridad de su escrito— nos detengamos en la *introduc-tio* que preludia el cuerpo central de la *Relación* e intentemos encontrar una razonable explicación de los elementos que configuran su elongado contenido:

Y así que yo soy fija del dicho maestre que fue de Calatrava en el tiempo del señor rey don Pedro, y el dicho señor rey le hizo merced de darle la encomienda de Calatrava, que es en la ciudad de Sevilla. Y luego le hizo maestre de Alcántara y a la postre de Calatrava. Y el dicho maestre mi padre era descendiente de la casa de Aguilar y sobrino de don Juan Manuel, fijo de una sobrina suya, fija de un hermano. Y subió a tan grande estado como se hallará en las corónicas de España⁶⁴.

Fernández, *Evolución*, pp. 46-48. Que también estaba Catalina en Sevilla, acompañando a su esposo, viene certificado por un documento existente en el Archivo municipal de la ciudad. Se trata de una relación de cuentas que establecieron García López de los Morales, veinticuatro y mayordomo de Sevilla, y Pedro Fernández, jurado, detallando la contribución monetaria recibida por ambos y procedente de los lugares de la «Tierra de Sevilla». Dichos lugares habían contribuido con su correspondiente escote, recibido como préstamo por el concejo de Sevilla, «para comprar y hacer ciertas cosas que eran necesarias para honrar la venida a Sevilla del rey Enrique III, la reina Catalina, su mujer, y el infante Fernando, su hermano». Lleva la fecha del 10 de junio de 1398 y atañe a la visita real de 1396 [Francisco Collantes de Terán, *Inventario*, doc. n.º 3 (años 1396-1400), p. 78].

⁶³ Las rígidas medidas adoptadas por Enrique III en Córdoba estaban encauzadas a aquietar a los judíos sobrevivientes de la catástrofe de 1391 para que permaneciesen en sus moradas. Encargó al aposentador Pedro Rodríguez de Fonseca una amplia relación de los sucesos acaecidos en aquella ocasión y, poco después, impone a la ciudad una multa de 40.000 doblas (v. Rafael Ramírez de Arellano, *Historia de Córdoba, desde su fundación hasta la muerte de Isabel la Católica*, Ciudad Real, Tipografía del Hospicio Provincial, 1919, IV, p. 143). No ha de sorprendernos, pues, que Leonor, en su *Relación*, haga alusión a su propia y desinteresada conducta en tan funesta ocasión, tan distinta de la seguida por la mayoría de sus coterráneos.

⁶⁴ «Las memorias», pp. 17-18. Sobre la importancia que el linaje asume en el relato de Leonor, consúltese el artículo de Arturo R. Firpo, «L'idéologie du lignage et les images des familles dans les «Memorias» de Leonor López de Córdoba (1400)». *Le Moyen Age*, 87 (1981), pp. 243-63.

Al identificarse ante sus *oyentes* —cosa que uno no hace si ya se es conocido de aquéllos— Leonor comienza a desplegar su linaje a partir, naturalmente, del que conviene a la línea paterna, iniciándolo en su padre y terminándolo en la sangre de reyes que corría por las venas de los descendientes de Alfonso X el Sabio, raíz de la casa de Aguilar. Brilla en Martín López de Córdoba no sólo el rancio abolengo de su cuna, sino también sus personales méritos, contraídos —y reconocidos con justicia— por su incondicional dedicación y lealtad a su (legítimo) soberano. Consecuencia lógica de estas cualidades será la fama —piensa su hija— con que le distingue la Historia. Va completando Leonor sus *señas de identidad* haciendo alusión, acto seguido, al de su madre, que la emparenta con el siguiente Alfonso reinante:

E como tengo dicho, soy fija de doña Sancha Carrillo, sobrina e criada del rey don Alfonso, de mui esclarezida memoria (que Dios dé santo Paráyso), padre del dicho rey don Pedro, y mi madre falleció mui temprano⁶⁵.

Finalmente, relata sus esponsales, a la tierna edad de siete años, con Ruy Gutiérrez de Hinestrosa, de quien asimismo va desgranando los vínculos familiares, deteniéndose morosa en la descripción de su patrimonio familiar:

Y a mi marido quedáronle muchos vienes de su padre, y muchos lugares. Y alcanzaba trescientos de a cavallo suyos e quarenta madejas de aljófar, tan grueso como garvanzos, e quinientos moros e moras y dos mill marcos de plata en bajilla. Y las joyas y preseas de su casa no las pudieran escrevir en dos pliegos de papel. Y esto le cupo del dicho su padre y madre, por que otro fijo y heredero non tenían⁶⁶.

Tras hacer mención de las veinte mil doblas de oro —no veinte, como indica Manuel Serrano y Sanz— con que la dotó su propio padre, refiere Leonor su idílica existencia juvenil en Carmona junto a las infantas —una de ellas madre de la reina Catalina— habidas por Pe-

⁶⁵ «Las memorias», p. 17.

⁶⁶ *Ibid.* El texto transcrito por Ayerbe da el nombre del marido como «Ruy Gutiérrez de Henestrosa», que no he rectificado en mi texto y que viene certificado por el escritor cordobés Francisco Ruano en el siglo XVIII: «Que la Reyna Doña Catalina crió à su hija Doña Leonor, à quien havia dado nosolamente [sic] muchos oros, joyas, y paños, sino tambien 15000 doblas de oro, quando casó con Don Juan Alfonso de Guzman, asi por el mucho amor, que la tenia, como por el parentesco de consanguinidad, que tenia la Reyna con ella por parte de Ruy Gutierrez de Hinestrosa su padre» (*Casa de Cabrera en Cordoba: Obra genealogica historica, dedicada a el Señor Don Fernando de Cabrera...*, Córdoba, en la Oficina de Don Juan Rodriguez, 1779, p. 541). Vid. también la nota 70 de este trabajo.

dro I de su amante María de Padilla. Más adelante en su *Relación* y cuando en un señalado momento en que se realiza una especial regresión cronológica, su autora da énfasis al especial vínculo que la une tan estrechamente con doña Isabel y doña Constanza:

Y nací en Calatayud, en casa del señor rey, que fueron las señoras ynfantas, sus fijas, mis madrinas, y trujéronme con ellas al Alcázar de Segovia con mi señora madre, que ay murió, y quedé yo de edad que nunca la conocí⁶⁷.

Me parece evidente que toda la prolijidad mostrada por Leonor en lo que respecta a su genealogía y vínculos familiares tiene por objeto darse a conocer ante los reyes que, ya en los primeros días de junio de 1396, están aposentados en Córdoba. No sólo eso, sino que además viene justificada por la sólida razón de que, aherrrojada durante muchos años en la mazmorra del olvido, se le presenta ahora la única ocasión de liberarse de él. Esta dramática situación en que agoniza Leonor no puede producirse a partir de 1412, momento de su vida en que —para su final desgracia— es ya harto conocida y blanco de las más acerbos críticas. Los detalles aportados hasta aquí en su *Relación* por Leonor no tendrían —agua pasada no mueve molino— ninguna pertinencia, y sí mucho los más recientes. En efecto, compruébese que en la *Relación* no se registra ni un solo acontecimiento que se produzca dentro del tramo cronológico que corresponde a su larga estancia en la corte de los Trastámaras. Tal fenómeno, dado el contexto en que se inscribe —a mi entender— el contenido de la *Relación*, resultaría inexplicable si así fuera. Todas las circunstancias que concurren en la

⁶⁷ «Las memorias», p. 20. El error —que pienso errata— de Serrano y Sanz se filtra en su *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas*, Madrid (Biblioteca de Autores Españoles, vol. 270, II, primera parte), 1975, p. 16b. Leonor nace, pues, fuera de Castilla y muy posiblemente durante el mes de septiembre de 1362, año de una sonada epidemia cuyo radio de expansión abarca a los territorios de la corona de Aragón. A principios de ese mes hacía sus estragos en Calatayud, dato que viene dado por la crónica de Pero López de Ayala. Pedro I, durante la guerra sostenida con Aragón, entró en esta ciudad el «lunes veynte e nueue dias de agosto deste dicho anno, e estudo en ella diez dias, e dende partio para Seuilla [...]. Pero dende a pocos dias que el rey partio, ouo en la dicha villa e en su comarca grannd [*sic*] pestilencia de mortandad, e morieron en Calatayud e en los castillos de enderrededor [*sic*] donde [*sic*] muchos caalleros e escuderos, vasallos del rey, e de otra gente de la villa de Calatayud» (*Corónica*, pp. 132b-133a). Para la campaña de Pedro I de Castilla en tierras de la corona de Aragón en 1362-63, v. José Luis Corral Lafuente, «La frontera entre Aragón y Castilla en la región del Moncayo en la Edad Media», *Primeras Jornadas sobre Borja y la raya occidental de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1992, pp. 189-209, especialmente pp. 198-99. Como bien puede observarse, la peste ronda constantemente la existencia de nuestra dama. Estudio esta epidemia, así como las que hasta aquí han sido objeto de nuestra atención, en la primera parte de mi monografía *Literatura loimológica*, antes mencionada.

amplia órbita que gira en torno a ese eje de rotación que es el escrito de Leonor López, parecen confabularse para apuntar en la dirección por mí propuesta. Será, por lo tanto, en 1396 y en los primeros días de junio —no a partir de los primeros años del siglo xv— cuando los coronados castellanos ceden ante esta desconocida dama, que, por añadidura, ha sabido romper las cadenas del injustificado olvido. Y no ha sido solamente a causa del peso específico de sus impecables credenciales —alto linaje, honor, lealtad, valor, piedad, humildad y caridad cristiana— sino asimismo (y esto se erige como el factor de mayor valor para el lector actual) por obra y gracia de la extraordinaria fuerza de convicción que supo infundir a su escrito, transido de profunda humanidad.

Lo hasta aquí propuesto —se podría argüir, y con toda razón— no dejaría de ser fruto de la pura especulación, si no viniera certificado por los datos documentales. Y en este caso, espero que así sea. Me refiero concretamente a un documento, salido de la cancellería de Enrique III y fechado en Córdoba el 7 de junio de 1396. Este documento —una carta real de donación— hace referencia a la concesión, por mandato del mismo rey don Enrique, de una de las dos almonas (tiendas de jabón) existentes en la ciudad de Córdoba a Leonor López de Córdoba. Esta importante carta ha pasado inadvertida hasta ahora, que yo sepa, a los estudiosos de la obra de nuestra autora, privándose de esta forma de un dato fundamental que hubiera podido iluminar este aspecto tan oscuro como es el de la datación de su *Relación*. Depositada una copia de aquella misiva real en la Real Academia de la Historia en Madrid, ha sido objeto de uso por parte de algunos historiadores desde por lo menos 1968, figurando un resumen del contenido de otra diferente, custodiada en el Archivo de Simancas, en ciertos catálogos, como el familiarmente conocido *Registro general del sello*⁶⁸.

⁶⁸ Hemos de exceptuar a Carmen Juan Lovera, que sí lo hace, pero sin conectar la concesión real con el escrito de la dama cordobesa («Doña Leonor», p. 262). Es una confirmación de Fernando el Católico, dada en Sevilla a 2 de julio de 1478, a favor de don Pedro de Guzmán, primogénito de Juan de Guzmán y de Leonor (López de Hinestrosa), su mujer, de la merced de una tienda de jabón en Córdoba, otorgada por Enrique III a doña Leonor López, su abuela, hija del maestre don Martín López. Insertas van la carta de merced: 7 de junio de 1396, y confirmación por Juan II: 2 de agosto de 1433 [*Registro General del Sello*, II (Valladolid, 1951), doc. n.º 768, p. 108]. Hacen alusión a esta carta Emilio Mitre Fernández en su artículo «Córdoba y su campiña. Una comarca fronteriza al comenzar el siglo xv», *Cuadernos de Estudios Medievales*, 1 (1973), pp. 9-32, p. 17; también en *Evolución*, p. 118, y Manuel Nieto Cumplido en su «Aportación histórica», p. 214. La copia de la Academia viene descrita de la forma siguiente: «103. Noticia del privilegio del rey Enrique [III], por el que se hace donación de una tienda de jabón en Córdoba a doña Leonor López, hija de Martín López, maestre [de Calatrava]. Año 1396 / Autógra-

En mi sentir, esta concesión real es la principal prueba de que los reyes castellanos escucharon la conmovedora súplica que representa el escrito de Leonor y obraron en consecuencia. A tales efectos, habría que considerar la fecha del 7 de junio de 1396 como el cronológico *terminus ante quem* de su redacción. El lógico corolario que de la inclusión de este nuevo elemento documental se podría derivar es múltiple, aunque, en esta ocasión, me limite a exponer exclusivamente dos aspectos pertinentes a nuestra indagación. En primer lugar, se despejaría la posible disyuntiva que se nos presenta ante la necesidad de elegir cuál sería la epidemia a que hace referencia el escrito de Leonor López. A tenor de lo hasta aquí expuesto, tendríase que descartar la que se desarrolla entre 1400-1401 y aceptar la de 1396. En segundo lugar, tendríamos que asumir que, muy probablemente, en los primeros días de la estancia de los reyes castellanos en la ciudad, Leonor dictaría al escribano público su *Relación*, la cual, ya sea de la forma en que queda reflejada en la copia o copias que han llegado hasta nosotros, ya sea constituyendo una muy peculiar *carta de credencia* de paradero ignorado, llegó a poder de Enrique y Catalina. Movidos por los sentimientos tan magistralmente concitados por nuestra dama, comienzan a conferirle una serie de favores y distinciones que la llevarán —no sabemos todavía en qué preciso momento— hasta la privanza de la reina que, años más tarde, va a llamarla «madre y señora»⁶⁹.

En conclusión, si admitimos que la realidad histórica se hubiera ajustado —con mayor o menor grado de precisión— a la configurada en este trabajo, entonces se impondrían con mayor claridad y justeza las que, en mi opinión, se alzan como las dos verdaderas intenciones de Leonor: zafarse de la servidumbre de todo orden que el olvido ha-

fo de Luis de Salazar y Castro / M-4, fol. 52v» (*Índice de la colección Salazar y Castro*, tomo XXVIII, doc. n° 45.286, p. 372).

⁶⁹ Al día siguiente, 8 de junio de 1396, Enrique III y su esposa Catalina salen de Córdoba, dirigiéndose hacia El Carpio, desde donde partirían hacia Segovia, pasando por Andújar y Bailén. Estos datos figuran en carta del monarca castellano enviada el mismo día al maestre de Santiago, Lorenzo Suárez de Figueroa, quien debería reunirse con su señor a la mayor brevedad posible. Hace mención en esta misiva del robo de la judería de Córdoba, asunto que preocupaba, como se ha dicho anteriormente, al rey Enrique (*Índice de la colección Salazar y Castro*, XXIX, n° 46.837, p. 292). Tales son los títulos que denuncia la carta exhumada por Adolfo de Castro («Memorias de una dama», II, p. 120). Por bien conocidos, eximo al sufrido lector de exponer las circunstancias y detalles históricos que protagoniza nuestra dama, fácilmente asequibles en las crónicas ya mencionadas. Ello no obstante, debió entrar al servicio de la reina poco después, ya que su protegida —y futura enemiga— Inés Torres, doncella de la inglesa, recibe en 1401 una merced de 1.400 mrs. sobre las salinas de Espartiñas (Cf. Emilio Mitre Fernández, «Cortes y política económica de la corona de Castilla bajo Enrique III», *Cuadernos de Historia*, 6 (1975), pp. 391-415, p. 408).

bía forjado, y rescatar no sólo honor y fortuna, sino también la altísima autoridad y posición detentada por su padre, el maestre de Calatrava, entre los reyes. De esta suerte, la *Relación* se erige como la clave explicativa de una biografía, la de Leonor López de Córdoba, que, por otra parte, no finaliza en torno a 1412, como frecuentemente se ha sugerido. Nada más lejos de la realidad *histórica*. Por lo contrario, en la actualidad nos son asequibles algunos datos sobre su vida a partir de 1412, que antes de ahora han salido a la luz pública.

A este respecto, no sólo pertinente sino obligado sería traer a colación algunos de ellos, exhumados por primera vez —hace ya algunos años— por Manuel Nieto Cumplido en el artículo antes mencionado, que sucintamente paso a resumir. En cuanto a Ruy Gutiérrez de Hinestrosa concierne, la última noticia que de él se dispone es del 4 de octubre de 1423, cuando con la licencia de Leonor funda dos mayorazgos, uno a favor de Martín López de Hinestrosa, y el otro en beneficio de Leonor López de Hinestrosa, hijos del matrimonio⁷⁰. El resto de la vida de Leonor —nos dice Nieto Cumplido— transcurre en Córdoba, donde testó el 6 de febrero de 1428 y fue enterrada en 1430, en la capilla por ella construida en la iglesia del monasterio de San Pablo, no sin que, el 3 de julio del mismo año, otorgara un codicilo donde deja redactada la inscripción que debería colocarse en su capilla⁷¹.

De lo que hasta aquí queda expuesto podría sacarse la conclusión de que es considerable la relevancia que deben asumir las circunstancias históricas que motivaron a la autora de la *Relación* a que se viera obligada a dictarla ante escribano público. Tanto el cuándo y el porqué del acto literario realizado por Leonor López de Córdoba adque-

⁷⁰ Cf. «Aportaciones históricas», p. 214. Nieto Cumplido llama al marido de Leonor «Ruy Gutiérrez de Henestrosa» (p. 213), que es como figura en el texto editado por Ayerbe Chaux («Las memorias», p. 17), mientras que Alan D. Deyermond lo identifica como Ruy Fernández de Hinestrosa («Spain's First Women», p. 31). Sobre estos mayorazgos, *vid.* Carmen Juan Lovera, «Doña Leonor», p. 266.

⁷¹ «Aportaciones históricas», p. 215. Es por tanto errónea la noticia de su muerte poco después de 1412, sugerida por Adolfo de Castro («Memorias», II, p. 132) y seguida fielmente por muchos, como por ejemplo M. Serrano y Sanz (*Apuntes*, p. 18a), quien repite —corrigiendo la versión dada por Adolfo de Castro (*ibid.*)— la inscripción conservada de la fundación de dicha capilla: «Esta capilla fiso Doña Leonor Lopez, fija del Maestre Don Martin Lopez, que Dios dé Santo Paraiso, á honor y reuerencia de la Santissima Trinidad, e el muy alto e poderoso Señor Don Juan, que Dios ensalce, fijo de los mui altos e esclarecidos Rey Don Enrique e Reina Doña Catalina, que Dios dé Santo Paraiso, por el qual de ella fue consolada en la muerte de dicho señor» (*ibid.*). Sugiere Ayerbe Chaux que es en este monasterio donde Leonor entrega el escrito original de la *Relación* («LLC y sus ficciones», p. 19: *vid.* el texto correspondiente a la nota 4 de mi trabajo). Su búsqueda en esta institución así como en diversos lugares de Córdoba resultó infructuosa, pese a todos los esfuerzos por él realizados en diciembre de 1975 («Las memorias», p. 12).

ren así una ajustada proyección sobre los indudables valores *literarios* que su obra posee. Sólo así, subordinando la labor crítica al resultado de la indagación histórica, podremos conseguir la legitimidad y validez que reclaman los procedimientos metodológicos que se utilicen en cualquier acercamiento a este escrito. De este modo nuestra futura exégesis nos puede llevar a desentrañar los múltiples sentidos enclavados en el texto, sin que por ello este obligado condicionamiento se alce como cortina de humo que ofusque nuestra percepción de su contenido. Acomodada a las exigencias de esta perspectiva, la *Relación*, aun en su calidad de «documento corregible y completable con hechos históricos», podrá abrirnos a los más singulares valores literarios, sin dejar de ser todavía, dentro de la literatura medieval castellana, una primera —aunque rudimentaria— manifestación del género autobiográfico.